

1868

PRIMERA REUNION PÚBLICA

QUE EL PARTIDO DEMOCRATICO DE MADRID

HA CELEBRADO

DESPUES DE EFECTUADA LA REVOLUCION DE SETIEMBRE DE 1868.



Abierta la sesion á la una y cuarto, con numerosísima concurrencia que llenaba todas las localidades y una gran parte de la arena del Circo, ocupó la presidencia en medio de universales aplausos, y dijo

EL Sr. PRESIDENTE (Orense): Señores, al triste privilegio de las clases debo el ocupar interinamente la presidencia de esta reunion; pero como este titulo no es bastante para decidir mas que una interinidad, pido á los señores concurrentes que se sirvan designar Presidente y Secretarios que dirijan la discusion.

EL Sr. GARCIA LOPEZ: Propongo á la reunion aclame como Presidente al virtuosísimo ciudadano, al venerable decano de la democracia española, al eminente patricio D. José María Orense. (*Estrepitosas aclamaciones, durante las cuales el Sr. Orense es llevado á la tribuna y facultado para elegir Secretarios.*)

EL Sr. PRESIDENTE (Orense): Facultado por la reunion para la elección de Secretarios, nombro á los Sres. Garcia Lopez, Sorni, Tresca y Vizcarrondo.

Señores: mi primer deber al dirigirme á VV. es darles gracias por el honoroso cargo que me han conferido al aclamarme Presidente de esta reunion. Si algun merecimiento he tenido en mi larga vida politica, seguro estoy con ver el aprecio que merezco al partido democrático.

Tengo en segundo lugar que manifestar á VV. el objeto de esta reunion para indicar los puntos sobre que debe versar el debate.

Hay debemos ocuparnos:

1.ª De la conducta que debe seguir el partido democrático en las presentes circunstancias.

2.ª De la declaracion de si el partido democrático considera ó no como forma peculiar de gobierno la República.

Lo que lo que aquí hagamos no es para imponer á nadie, sino para manifestar las opiniones del partido democrático, como sucede en los países, en que reuniéndose los individuos de unas mismas ideas, se dan su opinion para influir en los gobiernos, porque nosotros debemos decretar, que eso lo hacen los gobiernos; y nosotros estamos de ello, y debemos limitarnos á manifestar cuál es la opinion de la comuna en nuestro partido sin meternos á más.

Pero al predicar esto, no quiero decir que abandonemos la cosa pública; no, y cien veces no; nada de eso. Lo que quiero decir es que nos tratemos, que escribamos, y que por todos esos medios, los que son buenos, influyamos tanto en el gobierno como en la opinion pública.

Me parece que estas doctrinas serán admitidas en todas partes, y tengo el gusto de que en Barcelona hayan dado resultados. Asi es que una porcion de jóvenes, de esos que vulgarmente llamamos políticos, que antes despreciaban lo político, que nunca se ocupaban de ella, se abrian con menosprecio al que hablaba de política, que casi consideraban la política como un sambenito, y se admiraban de que hubiese alguien que hablase de ella: toda esa juventud hoy dia, de la noche á la mañana, se ha convertido á la política, y la ha tomado como color; y no sólo ha sucedido esto, sino que se ha hecho democrata, y se ha hecho demócrata, sino que se ha hecho republicana, y la juventud pertenece á las familias mas notables.

Yo deseo, pues, que este ejemplo de la juventud de Barcelona sea imitado en todos los ámbitos de la Peninsula, y que la juventud de la cual hemos venido combatiendo constantemente; pues el ejemplo de nosotros se nos ha podido figurar que nuestras doctrinas nosotras á verlas planteadas y á disfrutar de sus beneficios, como que todos estábamos en la conviccion de que nuestros trabajos no eran mas que árboles que plantábamos para que algun dia, disfrutaran de sus frutos nuestros hijos; yo deseo, repito, que la juventud imite ese ejemplo, y llegue á tener mas felices resultados que nosotros.

Su cuanto á la conducta que debe seguir la democracia con el gobierno actual ó con cualquiera otro que venga, señores, para mi esto es lo mas sencillo del mundo. Nosotros no nos hemos de reunir aquí para acordar nada sobre este punto; porque eso de juntarse un partido para dar su confianza al Gobierno; sea sistema antiguo, que consistia en un partido para dar su apoyo á unos hombres que iban á gobernar, ó lo hicieran bien, ó lo hicieran mal, ese sistema me parece que no debemos seguirle nosotros.

Señores; en mi opinion se apoya al gobierno sólo por lo que ha de conseguirse, se le combate con calor y con lealtad por lo que haga mal. En consecuencia, me parece que sobre esto no necesitamos tomar en cuenta. En mi vida parlamentaria no tengo yo sobre mi conciencia el haber dado nunca un voto contrario á ningun gobierno, sólo por consideracion de que fueran unos ú otros hombres los que ocuparan

el poder; yo siempre he votado lo que me ha parecido bueno, sea quien fuera el que lo ejecutara. La reunion de todas estas opiniones, eso, señores, es lo que forman los grandes partidos.

Por ejemplo, todos convendremos en que haya libertad de cultos. Pues tendrá unanimidad ó gran mayoria el gobierno que adopte este principio; y por consiguiente, está obtenido el resultado á que todos aspiramos. ¿Cómo es posible, señores, que adoptemos aquí ningun acuerdo para combatir al gobierno? ¿Pues y si el Gobierno lo hiciera bien? ¿Y cómo hemos de adoptar ningun acuerdo para apoyar al Gobierno? ¿Pues y si el Gobierno lo hiciera mal? Por consiguiente, me parece que el mejor acuerdo que podemos tomar, es apoyar al Gobierno en lo que haga bien, y naturalmente criticarle, vituperarle en todo lo que haga mal.

Me voy á ocupar de otra cosa que no está en este programa. He oido á algunos hacer esta pregunta. ¿El partido democrático debe tomar empleos de esta situacion? A eso contesto muy sencillamente: tampoco me parece que hay necesidad de tomar ningun acuerdo en este punto. Cada uno haga lo que le dicte su conciencia; acaso haga hoy bien el que siga con este Gobierno, y acaso mañana lo haga mal. Yo no sé las disposiciones que ha tomado el Gobierno, porque hay ciertas confusiones entre lo que ha hecho el Gobierno, y lo que ha hecho la Junta; pero en fin, el programa de la Junta me parece popular y democrático.

Y si el Gobierno marcha en ese sentido de reconocer todos esos derechos ilegales, claro está que nosotros le hemos de sostener. Yo no sé si la determinacion de esos derechos se ha debido, el que sea publicada, á la Junta ó al Gobierno; si ha sido debida al Gobierno, entonces no hay nada que decirle; pero si no ha sido debida al Gobierno, entonces los que han nombrado los Ministros, que por cierto no son de nuestro partido, ellos sabrán quiénes son los hombres importantes que tienen ó con quienes cuentan, pero los hechos hablarán, y nosotros, mientras tanto, no nos ligamos ni en contra ni en pro de esos hombres.

Debo sin embargo decir, que el que más me ha llenado de todos los que componen el Gobierno provisional, es el almirante Topete (*grandes y entusiastas vivas á Topete*), y yo le digo hoy al almirante Topete lo mismo que dije al general O'Donnell, que por cierto fué despues mi adversario el célebre 28 de Agosto de 1854, (y deseo, señores, que tales dias no se repitan, y que el partido liberal no dé nunca aire de fuerza á sus pretensiones); en aquel dia y dije al general O'Donnell; Sr. O'Donnell, le debemos á V. un gran servicio. V. ha levantado la losa del sepulcro en que estaba sepultada la Libertad. Pues esto mismo que dije al general O'Donnell, hoy dia se lo digo al almirante Topete. Viva el Almirante Topete, por haber sido el que ha levantado la losa del sepulcro en que estaban encerradas todas nuestras libertades. (*Viva! viva!*) Los demas señores cada uno tiene su historia; pero esto no quita para que yo dé mi preferencia al almirante Topete. A mi me ha parecido que habiendo nacido esta Revolucion á impulsos de la Marina, debemos manifestar siempre nuestras simpatias hacia el hombre que la simboliza. Señores; aquí hay siempre una causa providencial ó no sabemos como llamarla, que preside á todas nuestras crisis políticas. Unas veces es la infanteria al embarcarse en Cádiz la que salva nuestra Libertad, otras es un sarjento en la Granja el que nos evita dias de conflicto; el año 54, fué la caballeria la que inició el glorioso movimiento nacional; y esta vez le ha tocado á la Marina: que reciba, pues, la Marina mis manifestaciones de agradecimiento y las de esta reunion. (*Aplausos.*) Y es natural que una Revolucion como esta, que ha de desenvolver el progreso, el trabajo, y el bien público de todos, y del pueblo sobre todo, haga, siempre que se presente la ocasion, estas manifestaciones de gratitud. Y al decir que esta Revolucion ha de desenvolver el bien público del pueblo sobre todo, debo manifestar aquí lo que he contestado muchas veces cuando se me ha hablado á este propósito de clases pobres y de clases ricas; y es lo siguiente: ¿pues qué, se le ha ocurrido á nadie que la revolucion se hace para el Duque de Osuna? Los muy ricos, los muy nobles, tienen siempre libertad para ellos; la Libertad señores, para quien se conquista es para el pueblo. (*Aplausos.*) Pero al mismo tiempo naturalmente se han de respetar el domicilio, la propiedad, la seguridad personal y los demas derechos consignados en la Constitucion. Y digo esto señores, porque años trasde años nos han estado insultando é injuriándonos de la manera más atroz al pueblo y á nosotros, y se ha dicho que el dia de nuestro triunfo, ibamos á saquear, ibamos á vejear, ibamos á degollar, ibamos á robar: ¿se le ha quitado á nadie un pañuelo siquiera en estos dias? (*No, no.*) (*Entusiastas manifestaciones.*) Pues entonces, señores, ¿por que se nos ha perseguido? ¿Por que se nos ha tratado de la manera más brutal, como si fuéramos fieras? Porque, señores, no se nos ha castigado por delito que nosotros hubiésemos cometido, sino que se ha inventado una nueva legislacion para nosotros, castigándonos por delitos que se decia

¡bamos á cometer algun día. (Aplausos.) ¡Hay una iniquidad semejante? Y sin embargo, todo lo hemos sufrido; pero así como todos han visto en esta nueva y grandiosa Revolución que no ha peligrado el domicilio; que no ha peligrado la familia, que no ha habido más que una cuestión política, yo suplico que en lo sucesivo no se alarme ninguno por lo que hará ó dejará de hacer el partido democrático el día que triunfen nuestras ideas. Y estas ideas, señores, todos las han alabado, porque todos han alabado la consideración, el desinterés, la nobleza con que el pueblo se ha conducido. Yo decía en Barcelona á algunos á quienes asustaba la palabra República; pues, señores, esto que estamos haciendo ahora es la República, ni más ni menos. (Aplausos.) ¿Están VV. contentos con esto? Pues esto ha de ser la República; y todavía hemos de estar más tranquilos, porque en los primeros momentos es natural que haya siempre algo más de calor; por consiguiente, no se alarmen VV. y nos vengan diciendo que no saben lo que sucederá el día que haya una República, porque la verdad es que VV. están haciendo República ni más ni menos que aquel personaje que escribía verso sin saberlo el mismo. (Aplausos.)

Pero se apela al sofisma, y se nos dice que callamos ahora, que ahora no es conveniente la República. Y, cesa singular, señores; el gran trabajo de los liberales durante toda mi vida, y acaso lo será también muchos años después, está reducido á escribir y á hacerse cargo de todos los sofismas en que incurrían los adversarios. Así es que contestan un sofisma y aparece en seguida otro, y así sucesivamente, y nunca salimos de sofismas; pero en fin, cada hombre y cada época tiene su misión: nosotros atacamos los sofismas de hoy, otros atacarán los de mañana.

El sofisma de hoy es el siguiente: «pues el día en que debieron hablar se callaron.» De consiguiente, señores, hablar y hablar muy alto: el derecho de la discusión y de la propaganda por medio de la palabra es un derecho primordial del hombre; que cada cual diga francamente lo que quiera: el dogma de la Soberanía nacional consiste en que los menos se sometan á los más, porque por desgracia la opinión no tiene un graduador como el aguardiente; si lo tuviera se evitarían todas las discusiones: entre dos vasos de aguardiente, el uno de 18 y el otro de 20 grados, no cabe duda, el de 20 es el más fuerte; pero entre dos opiniones, cuando se han de aplicar á la gobernación del Estado, no hay más remedio que remitirse á la decisión de la mayoría, no porque la mayoría lleve siempre la razón, sino porque de algun modo se han de terminar las cuestiones dudosas.

Sería tanto más indigno de nuestra parte el callar hoy, cuanto que ahora que tengo á mi lado á un ilustre americano que ha mantenido siempre el principio de la libertad de los negros, me ha recordado, y tiene razón, que es una triste cosa que en ninguno de los programas dados hasta el día se haya ventilado la gran cuestión de la raza negra... Me dicen aquí que la Junta de Mérida es la única que se ha ocupado de esta cuestión: reciba por ello mis más sinceros plácemes.

Pues he aquí lo que nos ha sucedido con esta cuestión de la esclavitud. En 1854 nos dijeron que no habíamos de semejante cosa, que se iba á producir un gran trastorno en las colonias, que Cuba se iba á perder, que iba á ser presa de la anarquía, y todas esas palabrotas, en fin, que no tienen sentido alguno positivo; pero tanto nos dijeron que callamos, pensando para nuestros adentros: no sea que si habíamos se arme una degollina y digan que nosotros tenemos la culpa. (Risas y aplausos.) Convinimos en callar; cerramos el pico, no dijimos una palabra; anduvo el tiempo; se nos había dicho que más adelante; pero ese más adelante nunca llegaría si lo habíamos de dejar al cuidado de nuestros adversarios. (Risas.) Llegó un día en que se volvió á tratar de esa cuestión, y entonces se levantó un señor, de quien no quiero acordarme, y dijo: «pues esa misma cuestión se trató en las Cortes Constituyentes y nadie dijo una palabra:» á lo cual contesté yo inmediatamente: «de doy á V. las gracias por la observación; me servirá de lección para lo sucesivo, porque desde ahora no callaré nada de lo que creo que debo decir, cualquiera que sean las consecuencias. (Grandes risas y aplausos.) Es pues una lección para no callar que no debe ser pérdida.

Y ya que trato aunque incidentalmente de esta cuestión de la esclavitud, aprovecho la ocasión para felicitar á los señores americanos que tanto trabajan por resolverla, y para invitar al Gobierno provisional á que imite en este punto la conducta del gobierno francés de la revolución, que sin asustarse de los terribles pronósticos que se le hacían, diciéndole que si se ponía en libertad á los negros sucedería lo que en otro tiempo en Santo Domingo, no vaciló en borrar la esclavitud de las colonias francesas, y sin embargo todo ha continuado allí pacíficamente y no ha sucedido nada de lo que los malos profetas habían vaticinado.

Una de las más generalizadas objeciones que se hacen contra el sistema republicano es la del estado social de las repúblicas antiguas. Sobre este punto he oído últimamente en Zaragoza á un joven que me ha llamado mucho la atención: me he encontrado allí con una juventud decidida en favor de las doctrinas democráticas (la juventud naturalmente se apasiona de lo más nuevo y de lo más perfecto); pero como ellos decían, les faltaba que fueran las canas á sancionar su opinión. Pues aquel joven nos explicó perfectamente como las repúblicas antiguas no se podían parecer en nada á las modernas: la base de las repúblicas antiguas era la esclavitud, y no de hombres de distinta raza, sino de hombres blancos, de ciudadanos que habían perdido su fortuna, ó que habían sido hechos prisioneros en la guerra; las sociedades antiguas, lo mismo la griega que la romana, estaban divididas en dueños y esclavos; el dueño era una especie de holgazán que se dedicaba á tratar las cuestiones de gobierno en la plaza pública despreciando toda especie de industria ó de comercio, y el esclavo era el agricultor, el industrial, el comerciante; pero no tenía voz ni voto en la cosa pública: políticamente hablando no era nada, era más bien una cosa que una persona.

Está, pues, demostrado que el ejemplo de las repúblicas antiguas no es para nada aplicable á las cuestiones modernas: vamos á los ejemplos de actualidad. En nuestros días tenemos dos grandes modelos que imitar; Suiza y los Estados Unidos.

La república suiza está dividida en 32 ó 33 cantones: ¿qué inminente hay en que España esté dividida en 49? ¿Acaso los suizos de distinta especie que nosotros? ¿Acaso tienen doce dedos en las manos? (Aplausos.) Creo que no; yo he visto á los suizos muy de cerca, y puedo asegurar que son unos hombres como nosotros: lo que ellos hacen, nosotros podemos hacer también. La base de la democracia es la igualdad, cuando el partido se empezó á establecer, fué tan sencilla y fácil de imitar en España lo que se ha ensayado en sus países. En Suiza probado bien la república federal, compuesta de cantones ó Estados dependientes entre sí, pero unidas por un consejo federal expresamente la voluntad de todas ellas, y en quien reside el poder de resolver cuestiones que afectan al interés general: ¿pues qué inconveniente en hacer ese ensayo en España?

Esta cuestión del ensayo también en Zaragoza se ha dilucidado por un caballero que se llamaba demócrata, pero que por sus tendencias de opinión no llegaba á tanto, nos decía: «hagamos un ensayo ahora verdadera monarquía constitucional, y después llegaremos á lo de la República.» Pues yo digo: si se ha de empezar por un ensayo, VV. han tenido comedia en la escena por espacio de treinta años, y al fin ha sido nada. (Aplausos.) Vale, pues, la pena de que se empiece el ensayo por nuestra; la nuestra al menos es una cosa que por más que digna puede producir espanto ni aborrecimiento, porque no se ha planificado y esta es una reflexión que me he hecho yo muchas veces siempre se trataba de nuestras persecuciones; se concibe que se persiga á un mandado, porque puede haber producido males; pero al que se mandado, no se comprende: aborrecer y perseguir una cosa que no se ha visto, es irracional: esos son espantajos con los que se asusta á las mas gentes como á los niños con el coco (Risas), y nosotros no somos niños; al menos yo soy muy viejo, y no me seducirán. (Muestras de aprobación.)

Sobre esto de quién ha de ser el primero que haga el ensayo de sistema, me acuerdo de lo que siempre les decían los moderados y progresistas: nosotros empezaremos; en efecto; ellos empezaron, y hubieran sido por la unión liberal, no habrían concluido nunca (grandes aplausos), porque la unión liberal, á mi juicio, ha tenido la misión providencial de demostrar al partido moderado que había querido permanecer en el poder en perjuicio del progresista, que de cualquier otra parte vendría otro partido con medios suficientes para quitarle el poder. Esta creo que ha sido la misión providencial del partido de unión liberal.

Pues bien, cuando sucedió esto, entonces los progresistas y moderados convenían en la alternativa; y como tenían más favor los moderados, decían lo mismo. Pero siempre decían: ahora vamos á intentar nosotros volvemos á empezar. De manera que ellos que habían empezado treinta años, querían volver á empezar. Señores, en el orden de la moral, y de la moral, ahora corresponde que el ensayo se haga respecto á nuestro sistema: si lo hacemos mal, en primer lugar se dejará, y yo me refiero á mi persona, porque yo, así como los triller, voy á votar voto de castidad, yo he hecho voto de no mandar á nadie en nada (aplausos); es una cosa á que tengo aborrecimiento. He hecho voto, señores, y yo no soy hombre que falto á lo que una vez digo. Cuando nosotros, entiéndase el partido.

Pues digo, empiece á mandar el partido demócrata en su forma natural, y entonces, si lo hace mal, le tocará al partido progresista volver á hacer un ensayo de monarquía constitucional, sólo á gusto de unos cuantos, se me figura que es irracional. El ensayo se ha hecho también en Zaragoza uno de los que predicaban esta doctrina, después esos treinta años que cuenta Orense, alguna escepción han tenido porque en esa época, algún tiempo ha mandado el Duque de la Victoria y al Duque de la Victoria no se le puede tachar de eso. Y yo contesto á los progresistas se conforman en que mande el Duque de la Victoria adopten esa fórmula: «Viva la República federal» (viva, viva.) Y yo fijamos en las personas. Una república federal con el Duque de la Victoria, Presidente, pero nombrado por las Cortes, que el sistema de la república federal, el célebre publicista Bacherot, y que proponía al Cuerpo legislativo frances el ilustre Grevisse, que ahora le han premiado haciéndole Diputado en el Jura. Esta regencia en los seis años... y entre paréntesis, ahora me acuerdo que los seis años fueron una república, en los años que el nombre español subió tan alto cuando la defensa de Goya y de Zaragoza; en esos años, lo que había era una república que mandaba regencia, porque el hábito no hace al monje. Eso ya lo dije en la Discusión del 30 de Noviembre, y también entonces nos decían: «después serán VV. tan serviles como toda la vida.» (Grandes aplausos.) consecuencia, ya sólo creemos en lo que se haga; pero promesas de futuro, eso no se cree ya. (Aplausos.)

De consiguiente, y creo que un gobierno de república federal con presidencia, por ejemplo, del Duque de la Victoria, nombrado por las Cortes, y la vicepresidencia del Sr. Topete (grandes aplausos), me parece que sería una cosa magnífica. Y cuidado, señores, que no tengo el de haber visto al Sr. Topete, y del Duque de la Victoria me parece todos los que tenían mis opiniones, ha recibido agravios; pero todo lo olvidaremos. Lo que había que hacer, era tener mucha vigilancia para que no nos volviera á suceder lo que sucedió entre 1854 y 1856; pero general Espartaco, tiene una gran ventaja, y es que no ha de usarse y las usurpaciones, señores, son el gran riesgo de las repúblicas; consecuencia, este no había de usurpar. Y del Sr. Topete, excusado me queda nada, porque, como había de manchar el gran renombre que ha dado la Marina! (Aplausos.) Y sobre todo, siendo Vicepresidente, no había una desgracia en el Duque de la Victoria, siempre sería suya la responsabilidad; y con la vigilancia del pueblo para no dejarse engañar, creo, señores, que la cosa sería magnífica.

Pero tampoco quiero que se diga, porque no es verdad, que esto ha venido por sorpresa; la adopción de estas ideas por el pueblo, ha sido una condescendencia hacia mis opiniones y hacia la constancia que he tenido en sostenerlas. Aborrezco tanto la exposición de la sorpresa, que no quisiera que el sistema que propongo se adoptase; queremos que se haga con constancia; queremos que se haga, como la gota de agua que cae sobre una piedra, y al cabo de muchos años llega a producir un agujero. Pues esto es lo que me he propuesto durante mi vida, que sigan con constancia, y siguiendo así, el triunfo es nuestro y seguro.

Y esa es otra de las razones que tengo para decir que nos conviene, sobre todo, que haya paz y tranquilidad; paz interior y exterior completas; porque de esa manera, si los capitales se asustan en los primeros momentos, ellos vendrán: las clases trabajadoras tendrán empleo y jornales elevados, porque una vez quitadas las contribuciones onerosas, los jornales suben por sí mismos. En los Estados Unidos es el pueblo donde se pagan más, y no por eso dejan de prosperar las clases ricas. — (El Sr. Bernabeu pide la palabra).

Si algún otro señor quiere tomar la palabra, aunque sea para impugnarme, que lo haga. En Barcelona había la siguiente duda, y por condescendencia a mi opinión, la resolvieron, como yo creo que se debía hacer. Decían algunos: No dar la palabra al que vaya a hablar contra la opinión de la reunión. Y yo decía: No, señores, darsela. Yo sé que en los países extranjeros cuando se verifica la reunión de un partido, no se admiten en ella personas de otra opinión, porque no es como las Cortes: dentro de un partido se puede decir que no hay choque, y por consecuencia, no deben hablar más que los hombres del partido. Pues yo dije: No, señores, a esto le darán mala interpretación: dirán que somos intolerantes; que venga ese señor, y diga lo que tenga por conveniente. Y nos defendió que era mejor tomar un rey, que adoptar el sistema republicano. Hubo la mayor tolerancia, y dió muy buenos resultados. Por consiguiente, yo creo que si hay algún señor que quiera hablar contra lo que yo he dicho, que le oigamos con paciencia, que le alabemos la parte de su discurso que sea digna de ello, y en lo demás nos tomaremos la libertad de contradecirle, bien yo, ó bien cualquiera de mis amigos. — He dicho. — (Muestras de aprobación).

El Sr. SIERRA: Acaba de llegar nuestro querido amigo D. Estanislao Figueras, y yo pido se agregue a la mesa.

Habiendo manifestado la reunión su asentimiento, el Sr. Figueras tomó asiento en la mesa.

Manifestándose luego algunas dudas acerca de las últimas palabras del Sr. Orense, dijo.

El Sr. FIGUERAS: El Sr. Orense ha dicho que se había suscitado en Barcelona la cuestión de si debía oírse a hombres de contrarias opiniones, y que sin embargo de la costumbre que hay en países extranjeros, en los cuales no se admite más que a hombres de determinadas opiniones, como hoy nosotros empezamos a ejercer este sagrado derecho, había el sido de dictamen que se oyerá a todo el mundo. Que así se aceptó en Barcelona; que así se hizo; que había quien defendía la Monarquía; que dió aquella cuestión muy buenos resultados; porque, señores, no tendría nada de extraño, que no hubiese alteración cuando todos fuesen de un común parecer, y es dar muestras de que sabemos usar nuestro derecho con completa confianza y tranquilidad, oyendo las cosas más contrarias a las ideas que sostenemos.

En este concepto, pues, ha dicho el Sr. Orense, que si hay alguno que quiera impugnar estas ideas, que pida la palabra, si hay alguno que no quiera impugnarlas, y si explicar las que ya he emitido, que pida la palabra también; pero sepase que antes hemos de oír a aquel que impugna, que a aquel que alaba. Y puesto que la alabanza se ha oído ya por un espíritu de justicia, debe oírse la impugnación. (Muestras de aprobación).

El Sr. ORENSE: ¿Quiere alguno usar de la palabra en contra de las ideas explicadas?

El Sr. BERNABEU: Yo he pedido la palabra para decir lo que me parece sobre los principios del partido democrático, y los medios que creo conducentes al triunfo.

El Sr. ORENSE: El Sr. Bernabeu tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Sr. Bernabeu, como esta reunión es solemne, como ha de influir notablemente en los destinos de nuestro país, como es justo que los que están fuera de aquí sepan lo que aquí se habla, convendría que V. se aproximara a los señores taquígrafos para que estos le oigan y puedan copiar lo que V. se sirva decir.

El Sr. BERNABEU: Me oirán de sobra. (Risas).

Señores: Al presentarme aquí he jurado mi muerte; he jurado mi muerte porque vengo a decir toda la verdad, porque quiero que el partido democrático tenga el puesto que es justo y debido en la representación del Gobierno actual. Yo, señores, respeto las opiniones de todos y cada uno de los individuos, respeto la opinión del Sr. Rivero, pero el Sr. Rivero debía haber formado parte de este Gobierno; el Sr. Rivero constituye el partido democrático, el Sr. Rivero era una individualidad como yo soy un individuo.

Señores: Al tener que recordar hechos que pasaron, lo voy a hacer con la lealtad y llaneza que me es característica.

En el año de 1843 cometí la torpeza de contribuir al pronunciamiento porque he sido siempre enemigo de la tiranía, y me reuní a hombres que están hoy figurando en primer término. En Tàrraga me opuse a aquellos principios; en Daroca se me quiso fusilar, a Pajes se le fusiló. Vine al Congreso y entonces dije mi opinión como la dire ahora aquí: dije entre otras cosas: «Los pueblos han conocido ya que los reyes son hombres como los demás, que quieren la potestad real porque encierran en sus antepasados méritos para conferirles tan glorioso legado; pero las naciones no pierden el derecho de rechazarlos y hasta de decapitarlos cuando faltan a sus deberes y juramentos.» (Aplausos). Faltó poco para que me clavasen el puñal; veinticinco años he pasado, señores, de persecuciones indignas, veinticinco años de anhelo y de sufrimiento, y ahora que veo renacer la libertad en mi patria, ahora que

todos la queremos, vemos que se trata de hacer lo que entonces. (Grandes muestras de desaprobación).

Los mismos hombres que se presentaron para interrumpir la marcha liberal del pueblo, han empuñado hoy el poder. (Murmillos). No quiero mencionar nombres, porque no quiero ensangrentar al pueblo contra nadie; pero quiero la libertad para todos, la felicidad para todos, la justicia para todos. Yo no estoy satisfecho con el orden de cosas actual, mientras no vea en el Gobierno representantes genuinos de la Libertad. (Agitación en diversos sentidos). Quiero ver al pueblo entre esos caciques de la democracia, quiero que tenga representantes genuinos, lo repito otra vez, representantes genuinos que están en esa mesa. (Señalando a la de la Presidencia). Y a esos quiero ver, porque tenemos derecho de pedirlo, porque tienen derecho de serlo. No quiero excepciones, yo sé que a ese partido no le importaría nada el dar una batalla más y fusilarnos a todos. (Nueva agitación). Quiero evitarlo, y por eso quiero que tengamos nuestra representación genuina, y si no nos la conceden, yo se lo perdono, pero se lo perdono en el sentido de ultraje recibido. ¡Que conste en todos los ámbitos de la Nación que el partido democrático ha tenido esta abnegación, y que en lugar de darle entrada en el ministerio que se ha nombrado indebidamente, se ha prescindido de él. (Aplausos). Y digo que el ministerio se ha nombrado indebidamente, porque la Junta, lo que indicó al que hoy es Presidente de ese ministerio, fué que propusiera un ministerio, pero no que lo nombrara, y sin embargo lo ha nombrado. (Agitación y voces). La Junta no dispuso tampoco que se nombraran autoridades militares, y por fin la Junta no podía disponer que al ilustre Topete, a ese hombre que merece el aplauso de todos nosotros, se le condecorara con la cruz de Carlos III.

¡Eso es una iniquidad señores! (Grandes murmullos). La cruz de Carlos III tiene algo de lo que hemos expulsado, y lo que hemos expulsado no puede nombrarse sino para vituperarlo. (Aplausos). Yo deseo, señores, una cosa que voy a proponer. Creo que se debe nombrar una Junta de los demócratas más eminentes, de esos que han hecho más servicios y más se han sacrificado por la causa de la Libertad, y que esta Junta sea un directorio, porque ya que hemos perdido el derecho de estar en el Gobierno, al menos que tengamos el de dirigir a nuestros compañeros para esas elecciones que confía en la divina Providencia, no serán un sarcasmo ni una indignidad como las que ha habido siempre. Pero si se quiere la guerra, aquí estamos para combatir, porque nosotros no podemos transigir con las coronas. (Aplausos). Nuestros principios son republicanos, nosotros queremos la república y la pedimos a voz en grito. (Grandes aplausos).

Señores, voy a concluir; no quiero quitar el derecho de que hablen los hombres más autorizados. He expuesto esas ideas, porque las creo conducentes a nuestro triunfo. Ya que somos el anatema de los que han formado el poder, al menos que vea el pueblo que no nos hemos vuelto y que aún queremos sostener nuestros principios aunque sean vulnerados como creo que lo serán. Si, señores, creo que seremos perseguidos otra vez. (Voces: sí, sí; no, no).

El Sr. PRESIDENTE: (Orense). Si somos perseguidos, lo sufriremos, pero no llamemos el rayo sobre nosotros. (Aplausos).

El Sr. BERNABEU: Los hombres que están al frente de esta situación, son los que han medrado, y ahora quieren sostenerse en esas gerarquías que indebidamente han adquirido, invocando el grito de Libertad. (Grande agitación y murmullos). Yo los desprecio; yo no quiero unirme de ninguna manera ni a esos hombres, ni a esos principios. (Confusión de voces). He dicho: ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Viva la República en una palabra! (Estos vivas fueron contestados por la concurrencia).

El Sr. GARCIA LOPEZ: Confieso, señores, que jamás he sentido más conturbado mi espíritu, que en estos momentos. Yo, tan aficionado a las lides parlamentarias, apenas encuentro en este instante una palabra que poder dirigir a tan distinguido auditorio. Pensaba haber escuchado con gusto a cuantos oradores tuvieran a bien hablar a esta reunión; abrigaba la esperanza de que la juventud sustituiría con su patriótico ardimiento nuestras débiles frases, y me proponía callar; pero, al oír las escitadas, sin duda por un noble patriotismo del señor preopinante, me he creído en la necesidad de decir algunas; yo, el más humilde de todos los que componen este gran partido. Yo he sentido esa necesidad, porque por fortuna ó por desgracia mía, tuve el honor de pertenecer a la primera Junta provisional de gobierno que creó la Revolución en Madrid, y a la que actualmente se titula *Junta superior revolucionaria de Madrid*; y lo hago con ánimo de desvanecer las infundadas interpretaciones que pudieran darse a las palabras del Sr. Bernabeu, relatando hechos y haciendo historia, que yo confío serán historia y hechos que satisfarán la susceptibilidad de la democracia española.

Señores, acabamos de consumir la primera parte de una Revolución grandiosa, de una revolución magnífica, cual apenas registran las historias antiguas y modernas. En pocos momentos, en pocos instantes, sin más que la patriótica y resuelta iniciativa de la Marina nacional, a quien admiro y saludo con respeto y con amor, seguida de una victoria honrosísima, conseguida por tropas adictas a la Revolución contra otras tropas tan valientes como ellas, porque son tropas españolas, hoy adheridas con sinceridad y buena fe a la causa que defendemos; después de estos dos acontecimientos, en pocos días, en un minuto, porque un minuto es en la vida de las naciones el tiempo que llevamos de Revolución, hemos sabido destruir una monarquía que se titulaba de origen divino, hermanado con el derecho popular; una monarquía que pretendía tener hondas raíces en el país, y al derrumbarla, suprimos derrocar también, y para siempre expulsar, la dinastía de los Borbones, degradada, infame y corrompida. (Aplausos). Y esto, señores, se ha conseguido, después que hombres ilustres, de cuyo pasado no es lícito hablar, de cuyo porvenir es muy aventurado predecir (bien, bien); después que estos hombres, abrieron con su esfuerzo y con su espada las puertas de la patria al ejercicio de las libertades todas (aplausos) de

que carecíamos, iniciando el grandioso acontecimiento con un magnífico programa; programa, señores, que nunca será bastantemente ponderado, el más grande, el más digno, el más elevadamente culto y civilizador que la Europa ha conocido, cual es el preciosísimo programa de Cádiz. (Bien, muy bien.) Y después, estos acontecimientos sucesivos, en apenas una semana, vinieron á destruir todo aquel edificio aparentemente magestuoso, basado en la inlidad y la perfidia, para que lo sustituya un nuevo orden de cosas, basado en el honor y la moralidad (Aplausos). Sublime acontecimiento, que ha proclamado amplios principios de libertad y el reconocimiento de los derechos individuales, de esos derechos ilegales e imprescriptibles, porque los trae el hombre al nacer consigo mismo; porque se los da la Providencia, para que ningún poder humano pueda atentar á ellos, y menos suprimirlos, para que únicamente pueda ejercerlos y venerarlos. (Aplausos.)

Pues bien, señores; sucesos de tanta magnitud ¿qué nos revelan? Que lo que aquí se ha hecho no es una insurrección, que lo que se ha hecho es una verdadera Revolución. Porque las revoluciones, señores, se significan por esos movimientos profundos, espontáneos, inspirados por elevadas ideas que vienen á abrir nuevos senderos á la civilización, nuevos cauces al progreso, á la inteligencia humana; y las insurrecciones, sólo son la agitación febril de alguna que otra persona, de individualidades que no traen en pos de sí más que el efímero cambio de ministros en el poder, y sucede entonces, como quería decir el Sr. Bernabeu, y en esto tenía razón, que en semejante caso no se hace más que cambiar de nombres, dejando los mismos males. Pero ahora no puede suceder eso; ahora no ha sucedido así; hoy, la Revolución no es debida á personalidad alguna, no ha sido una individualidad más o menos brillante ó respetable la que ha dicho al pueblo: ¡á las armas! llegó el momento de luchar! ha sido el programa de Cádiz quien ha dicho al país: Levántate; concluye con esa vergüenza que nos afrenta, y para regenerarte constituyete en comicios por medio del sufragio universal, que es la base y fundamento del derecho público moderno; manda al Congreso los diputados que libre y espontáneamente elijas, para que consigan en tu Constitución las libertades todas y los derechos del hombre, sin legislar sobre ellos, sino dándolos como legítimos, y consagrándolos con la autoridad de la Soberanía de la nación. (Grandes aplausos.)

Señores, cuando los acontecimientos se inauguran así, no por la influencia de tal ó cual individuo, sino por la influencia de los principios, de las grandes ideas, de luminosas teorías, entonces, señores, no es lícito desconfiar ni motejar á los hombres distinguidos que, como los de ahora, firmaron para gloria suya ese programa, porque alguien tiene que formularlos; á los hombres que, dando la voz de alerta al país, ostentaron la Libertad de España por los mares, concluyendo en Alcolea con el despotismo inherente á los de Borbon. (Grandes aplausos.)

Y si descendieramos, amigos, al examen de las personas, ¿quién de nosotros sería el que en su historia no tuviera algo de que arrepentirse? La Iglesia absuelve al pecador que llega al confesionario contrito y arrepentido, y pide al confesor que le absuelva de sus culpas; pues bien, la Nación, por medio del Sufragio Universal, representado por las juntas renovadas ya á estas horas, ha absuelto á esos patriotas de cuanto pudieran tener de pecado en lo pasado, si es que algo tenían de dádoso, que yo no lo sé, que no quiero saberlo (aplausos), y proclama su programa, y ensalza y acepta su obra sin excepción; y reconoce y respeta al Gobierno provisional; (Grandes aplausos) Sr. Bernabeu, ¿podemos argüir?

Y cuenta, señores, que el que os dirije la palabra en estos momentos, no puede ser sospechoso á la reunión: os revelaré todo lo que debo revelar, porque en mi situación como individuo de la Junta, comprendo que debo sentir mucho y debo callar más; pero, dire lo bastante para vuestra tranquilidad. (Profunda atención). Decía, que no os puedo ser sospechoso, porque la primera noche que estubo en Madrid el vencedor de Alcolea, convocó una sesión de la Junta provisional, que presidió S. S.: en aquella reunión, se suscitó la necesidad de regir el país por medio de un gobierno provisional, y yo, señores, fui el único que tuve la patriótica franqueza de exponer al General y á los señores de la Junta, que la medida era muy grave á mi entender, que era preciso meditar mucho su adopción, que podría traer funestas consecuencias. Después, señores, cuando esa cuestión se trató en el seno de la Junta concienzudamente, otro distinguido individuo de ella y yo fuimos los dos únicos que no firmamos la delegación. (Rumores). Pues, oíd: yo que tengo estos títulos á que me creáis; yo, que me opuse al nombramiento del ministerio, conozco y confieso que la mayoría de la Junta provisional de Gobierno de Madrid, tenía grandísimas razones, altas consideraciones políticas para acordar el nombramiento del Gobierno provisional. Y no digo más. (Aplausos). Yo, que me opuse á que se hiciera, abrigó la íntima convicción, de que de no haberse hecho de esta manera, acaso el país ahora correría grandes y terribles conflictos (aplausos): hago justicia á la mayoría de la Junta provisional, con la cual no estuve conforme, y declaro que la movieron altos sentimientos patrióticos, profundas consideraciones de política que no pueden estar al alcance de las muchedumbres, ni tampoco al de la generalidad de los partidos. (Grandes aplausos).—(El Sr. Bernabeu pide la palabra). Ah, señores, que el radicalismo más intransigente tiembla cuando se trata de la paz y de la ventura de la nación! (Aplausos).

Ahora, señores, voy á la cuestión más insistente del Sr. Bernabeu: Decía dicho señor, que porque no estaba la democracia representada en el poder: Yo le contestaré al Sr. Bernabeu, que la democracia española no sólo está representada en el Gobierno, sino que es la encarnación del Gobierno provisional; la democracia es su esencia. (Bien, bien. Repetidos aplausos.)

¿Que importa, señores, que en el Ministerio no figuren los nombres de los Sres. Rivero, Figueras, Martos, ó de cualquiera otra entidad distinguida del partido democrático? Pues que; ¿creéis que los demócratas han venido luchando un día y otro día, que han venido arrastrándose por las cárceles, los presidios y las emigraciones para arrebatarse las poltro-

nas? (Aplausos.) ¿Creéis que han degenerado de su origen, para en los ministerios en la primera ocasión que se les presentara? No. (Muchos aplausos.) Los demócratas tienen otra misión más importante que llenar; los demócratas han reclamado un programa de principios que fue perseguido, castigado, puesto en ridículo y relegado los profetas del doctrinarismo para las calendas griegas; y ese programa, Sr. Bernabeu, adelantándose á esos tiempos indefinidos, ha en alas de la razón triunfante á ser doctrina gubernamental, y encarnación del Gobierno provisional. (Nuevos aplausos.) El Gobierno provisional nos ha dado el todo aplicando nuestras doctrinas; nos ha dado todo, nos ha dado el presente y el porvenir, porque nos ha dado soluciones idénticas á cuantas cuestiones se presenten en el Cádiz; de manera que gobierna la más adelantada filosofía y la democracia es la base de la nueva situación. ¿Qué más quiere el Sr. Bernabeu? (Bien, bien. Aplausos generales.)

Por eso, señores, el partido, que aprueba lo que vale el triunfo sus ideas y de sus principios, deja á un lado la cuestión de personas, porque señores, preciso es repetir, descuelga un hecho muy culmante, cual es que, el Gobierno provisional nos ha arrancado la bandera ha plantado en sus reales donde ondea. (Muchos aplausos.) El Gobierno provisional legisla con los principios democráticos; ¿qué nos importa entonces que una, dos ó veinte de nuestras individualidades estén en el poder? Y no me asalta el temor; el Gobierno provisional cumplirá con su deber, cumplirá su promesa, porque, preciso es bien hacer esta declaración; los generales Duque de la Torre y Mar de los Castillejos.... (Muchas voces: Serrano y Prim), los Sres. Serrano y Prim, cumplieron como buenos ofreciendo á la democracia la creían que lógica y buenamente la democracia podría aceptar; pero democracia, que tenía que atender á otros deberes más imperiosos, disputó, ni aceptó lo que se lo ofrecía en el Gobierno. En cambio, señores, para que se viera que la democracia no huía de dar el apoyo debía dar á un Gobierno revolucionario, que empieza y que se gobiernando con sus principios, lo ofreció, fiando en la rectitud del gobierno, que la tendrá, porque los ministros son caballeros honrados, liberales, y los liberales y caballeros jamás faltan á la verdad; y por eso preciso es confiar en que cumplirán su palabra empeñada, y si no la cumplirán, peor para ellos. (Aplausos: bien, bien.) En cambio nuestro deber, por la delegación popular, ocupa hoy el puesto más eminente de la Nación. El insigne republicano Sr. Rivero, cuya grandeza de alma nunca apreciará bastante, después de renunciar el poder, ha venido á aceptar, ¿sabéis qué? el ser Alcalde de Madrid. Sublime abnegación, con la ha significado qué grandes son los sentimientos del partido que la dicha de contarle en su seno. (Grandes aplausos.) Y ha hecho bien, no creáis que la Alcaldía de Madrid sea un cargo baladí é insignificante; no. Hoy los municipios van á recobrar el lleno de su amplia autoridad. Los Ayuntamientos, señores, son la autoridad más antigua y legítima que el mundo ha conocido; y al ponerse al frente del Ayuntamiento, un democrata tan notable, cumplió con un deber imperioso, con un deber de abnegación, de patriotismo, y al colocar al partido en un pedestal de honor, supo decir al mundo: la democracia española huye de las unidades, huye de las representaciones exteriores; pero lucha y se pa por el triunfo de sus ideas, y brilla esplendorosa desde la primera magistratura del pueblo, desde el alcázar donde siempre moraron las libertades públicas, esto es, el municipio. He dicho. (Repetidos aplausos.) Muchos de los concurrentes se acercan á abrazar y felicitar al orador.)

El Sr. BERNABEU (para rectificar): La revolución es un don del cielo; con las revoluciones se han regenerado todas las naciones que vivían en el estado de menosprecio en que vivía la España. Yo invoco la revolución para salvar las instituciones democráticas: esto será el triunfo de la revolución la prefiero á los hombres que ayer me fusilaban al blo.... (Gran tumulto. Muchas voces: fuera, fuera. En medio de la agitación que producen estas palabras, exclama:)

El Sr. FIGUERAS: Ciudadanos y amigos. Os suplico un momento de silencio: no quiero sino que me oigais un solo minuto.

Recordad que somos una reunión democrática que vamos á ejercer el derecho más sagrado que tiene el hombre, y el más eficaz para que se consoliden las libertades del pueblo. El derecho de reunión es uno de los derechos más capitales, es el termómetro por medio del se conoce de una manera segura el estado de la opinión pública.

Yo no extraño lo que acaba de suceder ahora. Somos nuevos ejerciendo de estos derechos, y necesariamente hemos de tropezar, teniendo fé no nos espantarán estos tropiezos, afirmaremos nuestra culatura, y caminaremos ancha y francamente por el más ancho y franco camino de la libertad.

El pueblo inglés es uno de los pueblos más adelantados y más activos en el ejercicio de estos derechos, y sin embargo reunid en la tierra á orangistas y católicos, y vereis que hay un conflicto. Allí no le haberlos en estos meetings ó grandes reuniones, porque como ha cho muy bien el Sr. Orense, que ha vivido muchos años entre ellos, admite más que á personas de una misma comunión política, y esto todos los instrumentos afinados, nada tiene de extraño que marche entonada la orquesta.

Dejad hablar al Sr. Bernabeu; si pronuncia palabras inconvenientes si evoca recuerdos que todos debíamos haber olvidado, él se tendrá culpa, y suya será la responsabilidad. La reunión pública, no debe cer nada, no debe mostrar ningún sentimiento de hostilidad, y el Sr. Bernabeu debe saber que puede ejercer aquí, con completa libertad, el derecho de emitir sus opiniones (aplausos), porque suponemos todos lo declaro, que había en abundancia cordiz, y con completa buena fe, embargo, le fuego que atiende las críticas circunstancias en que estamos, y recuerde que está alrededor de nosotros el león rugiente de reaccion para ver cómo puede devorarnos. (Estrepitosos aplausos.)

El Sr. MARTOS: Señores, dos palabras no más para unir mi voz

go al patriótico que acaba de dirigir al Sr. Bernabeu el Sr. Figueras. Yo no sé, porque no tengo compenetrada en mi conciencia la conciencia de todo el mundo, cuál debe ser en estos momentos solemnes, y todavía gravísimos y peligrosos, el lenguaje de los amigos de la libertad, de los partidarios de la revolución, por la cual ha corrido sangre de demócratas en Alcoy y en Béjar. Pero si yo no puedo saber, señores, cuál es el lenguaje que conviene a los amigos de la libertad, sé perfectamente cuáles aquel que emplearían en estas circunstancias los amigos de la reacción; y sé perfectamente con aquella evidencia de las conciencias iluminadas por el sentimiento del amor a la patria que nunca engaña, se perfectamente qué es lo que diría la Borbon infame que hemos arrojado por indigna de entre nosotros, si por desdicha nuestra pudiera poner sus labios en el oído de algún español. Ella le diría: España ha hecho una revolución difícil y admirable por la virtud maravillosa de todas las fuerzas liberales del país; España solo por la unión puede consolidar la obra de esa revolución fecunda donde un partido ha puesto la fuerza material, otro los intereses conservadores, y la democracia ha puesto el contingente más grande, el contingente de las ideas, y por eso triunfa en esos altísimos horizontes, aunque otros al parecer prevalezcan en otras esferas. Ahora bien, le diría Isabel II a ese español: puesto que entre todos han hecho la revolución, puesto que la revolución necesita el auxilio de todos, ve y divídelos, que no se junten, que no aúnen sus esfuerzos para esta obra común, porque entonces la obra común se hace. *(Aplausos unánimes)*. Señores, no tengamos que decir. A la conciencia de todos los demócratas me dirijo, y demócratas creo que seamos todos los que aquí estamos; sin que yo les pregunte si de la víspera o del día siguiente; pero yo, antidinástico de la víspera, yo demócrata de la víspera, yo que sólo siento no haber pasado por la libertad un verdadero martirio, en vez de un ligero contratiempo *(aplausos)*, del cual estoy gozoso si he podido contribuir en algo a esta obra magnífica de nuestra regeneración, yo digo al Sr. Bernabeu, a su conciencia de demócrata me dirijo, que ya sabe cuál sería el lenguaje que emplearían los amigos de Isabel II, y que yo no quisiera que hubiese aquí ninguno que hiciera, sin quererlo y sin saberlo, la defensa de los intereses de la Borbon. *(Bien, muy bien)*.

El Sr. BERNABEU: He oído con muchísimo gusto lo que ha dicho el Sr. Martos, pero yo no tengo miedo. *(Muestras de desaprobación)*. Hace mucho tiempo, desde mi infancia, señores, he profesado los principios democráticos; yo he defendido la Libertad siempre, y he sido perseguido siempre, lo seré ahora; no me importa; yo quiero sostener siempre esos principios. *(Una voz)*. ¿Y por qué ha de ser V. perseguido? El señor Martos. Evocar antecedentes no es defender principios. Yo respeto, como no puedo menos de respetar, lo que existe; pero digo mi opinión, y digo que no lo quiero, que yo quiero la representación del partido democrático. Si no la puedo conseguir, me conformaré. *(Risas, bien, bien)*.

El Sr. MARTINEZ SERRANO: Contesto, señores, porque hoy empieza a usar la Nación Española de uno de sus mejores derechos; yo que soy joven y me encuentro en plena juventud (algunos señores de la mesa me conocen, y el Sr. Martos también), yo que profeso las mismas ideas y que tengo la misma bandera que los que están aquí, bandera antiquísima, y no nueva como nuestros adversarios pretenden, como que arranca del Fuero Juzgo, pues España ha caminado siempre a la vanguardia de la Libertad; yo que pertenezco a esa juventud que en estos momentos tiene que salvar este país carcomido, yo señores me voy a permitir recomendaros la unión, y recordaros que la Historia nos enseña que los españoles siempre hemos estado unidos en el momento del peligro; pero después, en el día de la victoria, las aspiraciones, los deseos individuales nos han separado, y nos han puesto cortapisas en el camino emprendido. Meditad, señores, esta verdad; meditadla, y tenedla siempre presente, para que la juventud, la Nación entera, se inspire en ella, se una, y nunca se divida.

Dicho esto, y habiendo sido uno de los primeros que pidieron la palabra desde que el Sr. Bernabeu anunció ideas que yo respeto, porque creo que son la manzana de la discordia, una bomba disparada de buena fe, pero que si no se desecha, ha de dar hoy malísimos resultados en el terreno de los hechos, y sobre todo a la democracia española: dicho esto, señor Presidente, debo manifestar que lo primero que se debe discutir aquí, es en mi concepto, ver si el Gobierno está en el terreno de los hechos consumados dentro del programa democrático. Todo lo demás que sabemos aquí corresponde a la Constituyente; y para eso nos bastaría saber, como decía muy bien el Sr. García López, que el partido democrático está encarnado en el Municipio; y siendo esto así, los Municipios podrán traer dignos representantes. Por consiguiente, creo que es una falta el venir hoy a decirnos aquí, que los hombres que ayer nos fascilaron hoy los que están en el ministerio, y que debemos considerarnos hoy como enemigos del programa que sustentan. *(El Sr. Bernabeu. No he dicho eso)*. Señores, ha sido esto tan bien expresado por el Sr. García López, y después por mi compañero queridísimo el Sr. Martos, que todo lo que yo dijese sería pálido. En su consecuencia, lo que este edificio tan bien levantado no caiga por tierra; que si en la unión está la fuerza, como dicen los franceses, nosotros los españoles debemos tener fuerza y unión para que nunca podamos ser vencidos por ese malhadado partido neo, siempre alhagado y sostenido en este país por la corrupción y abyección dinástica de los Borbones. *(Bien, bien)*.

El Sr. LEIVA: Ciudadanos; mi nombre no es conocido para vosotros, pero soy liberal, y esto os basta. En el momento de la discusión, acaba de darse aquí la más grande de las pruebas para un pueblo libre cuando trata de constituirse. El Sr. Bernabeu, que debe ser un patriota que ha sufrido recientemente esas persecuciones, creía que aún dominaba la tiranía. Al expresar-se así en este sentido el Sr. Bernabeu, no se atenia precisamente a sus palabras, y así lo ha comprendido la reunión; eran tan sólo estas un

quejido que lanzaba al aire. El Sr. Bernabeu tenía miedo, no comprendía que después de sólo diez días que hace que hemos derribado un trono y conquistado nuestras libertades, estuviésemos en una reunión democrática, en una Nación esencialmente libre.

Señores, aquí se ha dicho, y se ha dicho muy bien por el Sr. Martos, que el partido democrático tenía hoy el representante genuino de sus ideas en el Gobierno provisional. Pero yo digo más; y es, que esto se confirma en las ideas que ha manifestado el duque de la Torre contestando al embajador de los Estados Unidos. Si llegamos a ponernos en perfecta armonía con aquella república, ¿qué más podremos querer los españoles? La democracia española habría llegado entonces a sus últimos límites, y la España habría conquistado sus derechos. Y si al mismo tiempo los hombres que están representándonos en el Gobierno, prescindiendo de la historia de cada uno de ellos, *(Bien, bien)*, puesto que el fuego de la libertad ha unido a todos, si al mismo tiempo esos hombres vienen a gobernar con un programa que ha salido de las filas de la democracia, ¿qué más podremos desear? Podemos desear más cuando en una Nación como esta, que indudablemente tiene tantos recursos para desarrollar su riqueza, se ha dado el gran espectáculo de nombrar ministro de Hacienda a un hombre que ha sustentado las ideas del libre cambio hasta el punto que lo ha hecho el Sr. Figuerola. *(Aplausos)*. Pues señores, esto es un hecho, y esto ha sido a los diez días de haber empezado la revolución y de haber arrancado esas robustas raíces que se decía que era imposible arrancar sin que millares de cabezas rodaran por el suelo, sin que la fortuna, los bienes, la propiedad, estuvieran a merced de eso que llamaban *populacho*; porque señores, con ese nombre ha venido la reacción llamando por mucho tiempo al partido democrático.

Si hemos dado el gran espectáculo de que al pronunciar el señor Bernabeu esas palabras, por las que pudiera creerse que aquí, en el seno de los partidos liberales había discordancia, he oído aparecer sin embargo unidos, ¿qué más grandioso espectáculo podemos dar? *(Muy bien)*. Señores, creo que el triunfo es de la democracia; pero nos queda mucho trabajo que hacer. Esta revolución obedecía a los sentimientos del programa de Cádiz; pero hay más; esta revolución ha venido por otra causa, ha venido por la presión que sentían los españoles; tanto que aquí se han sublevado cuerpos que nunca han tenido significación política, como la marina. En una palabra; la presión ha sido tan fuerte, que ha sido preciso romper todas las ligaduras, para decir, no hay aquí más que un pueblo, y todos somos hermanos. *(Aplausos)*.

Voy a concluir. Como se ha dicho muy bien, que el león de la reacción rugiente, está expiando su presa, mi pobre opinión es, que el partido democrático debe permanecer unido y compacto, para que los partidos liberales afines vean si que hay entre nosotros discusión, porque ahora es la época de hablar; pero que no vean que haya divisiones ni enemigos; que no se pueda entender que tenemos miedo de ser fusilados; mas aún; que nosotros usando del más grande de nuestros derechos, del derecho de asociación y emisión del pensamiento de una manera pacífica y legal, aprendiendo lo que a este propósito se hace en los demás países, acudamos al Gobierno haciéndole presente cuáles son nuestras aspiraciones, cuáles son nuestros deseos, para que desde la esfera del poder puedan llevarse a cabo. He dicho. *(Aplausos)*.

El Sr. IZQUIERDO: *(Al aparecer este señor en la arena del C. roo, próximo a la mesa de la presidencia, es saludado con frenéticos y entusiastas vivas y aplausos que se prolongan mucho tiempo, hasta que por fin, a ruego del Sr. Presidente cesan estas demostraciones, y se deja hablar al orador)*. Señores; había concurrido a esta reunión democrática, sin haber nunca pertenecido a esta sociedad; venía por curiosidad.

Mi pasado os debe ser conocido; mi historia empieza el 19 del mes de Setiembre último *(Aplausos, bravo, muy bien)*. Pensaba no hablar porque me falta la costumbre de dirigir la palabra a un público tan ilustrado; pero habiendo oído la discusión que aquí ha tenido lugar sobre los hombres que hemos llevado a cabo con nuestro patriotismo, con nuestro talento, con nuestra espada, el movimiento iniciado en España, no he podido menos de pedir, de suplicar la palabra para decir algunas, muy pocas. *(Atención)*.

¿Qué duda hay, Sr. Bernabeu, qué puede dudar S. S. de los hombres que nos hemos lanzado los primeros al campo, cuando nadie se había levantado todavía? Señores, preciso es reconocerlo; la revolución tenía grandes simpatías en la nación, la revolución moralmente estaba ya hecha; pero faltaban los hombres de corazón que se lanzasen al campo. *(Bien, bien)*. La historia del ejército español es conocida de todo el que sabe leer. El ejército español ha sido liberal; pero al mismo tiempo que ha sido liberal, ha tenido siempre la subordinación que deben tener los ejércitos permanentes, porque sin esto no puede haber sociedad. *(Bien, muy bien)*. Pues bien, señores; ¿al ver la actitud que el ejército español ha tomado (y yo hago ardientes votos al cielo porque esta sea la última vez que tenga que romper la disciplina para salvar la libertad), al ver la actitud que el ejército español ha tomado, ¿quién puede dudar de que con el hemos de afianzar la libertad? *(Aplausos)*.

¿Y qué, puede aspirarse a mayor libertad que la que se dió en el programa de Cádiz? ¿Puede aspirarse a mayor libertad que la que establece el programa del Gobierno provisional? ¿Cuáles son los temores, señores? ¿Dónde están los enemigos? Yo no los veo por ninguna parte. Podrá haber hombres fríos o indiferentes que duden aún; pero ayer hemos derrocado un trono de más de cien años de institución, ¿y queremos ya tranquilidad? Es imposible, señores: hoy por hoy, es menester no despertar resentimientos, es necesario hacer que se agrupen todos los hombres de ideas liberales para que las cuestiones se resuelvan por el más avanzado criterio. *(Aplausos)*. Desconfiar de los hombres que componen el Gobierno provisional es un crimen. *(Muchas voces: Si, si. Otras, no, no)*. Conozco al Sr. Bernabeu hace muchos años, y sé que es un patriota de buena ley. Dicho esto espero que se me deje acabar, que será muy breve.

Tomé la palabra para combatir ciertas ideas, que vertidas por el se-

Por Bernabeu en el calor de la improvisación han podido ofender al Gobierno provisional y á los que estamos á su lado; y cuidado, señores, que yo puedo hablar en este punto con más libertad que nadie, puesto que hoy soy un general en situación de cuartel, y el general que se ha levantado el primero en España, y que ha gritado *libertad y adelante* ha sido el general Izquierdo, que se honra aceptando el título de liberal. *(Grandes aplausos)*.

Voy á concluir, señores. Mis aspiraciones son conocidas: Libertad y orden; sin orden no hay libertad; tolerancia para que no se repitan hechos como el que ha tenido lugar aquí: tratándose de hombres que profesan todos ideas liberales: ¿qué es esto de ahogar la voz del que está emitiendo su pensamiento? ¿Dónde vamos á parar? ¿Queréis ser liberales? Pues sed tolerantes; si nó, no podéis serlo. *(Bien, bien)*.

Hé dicho pocas palabras mal compaginadas. *(Muchas voces: No, no. Grandes muestras de aprobación)*. Concluiré diciendo que como mi historia empieza en 19 del mes pasado, mi espada, mi persona, mi inteligencia, están en favor de la causa de la Revolución. *(Aplausos prolongados)*. Algunos señores proponen que pase el orador á ocupar un puesto en la mesa y es aprobada la propuesta por aclamación. Sentándose el Sr. Izquierdo en la silla del Sr. García López, que se levantó para cedersele).

Se suceden algunos instantes de confusión durante los cuales reclama con insistencia la palabra y al fin logra hacerse oír diciendo:

El Sr. PABLO MIGUEZ: Diré muy pocas palabras, señores, porque no estoy acostumbrado á hablar en público. Mi nombre no es conocido porque no tengo historia política, ni he tenido lugar de padecer por la causa de la Libertad: mi objeto es hacer una propuesta á la reunión. En el discurso del Sr. Presidente Orense he visto con mucho gusto explanada la idea de una república; en que el señor duque de la Victoria podría ejercer la presidencia: despues del notable discurso que acabamos de oír al ilustre general Izquierdo, yo me atrevo á proponer que se le confiera la Vicepresidencia de esa república.... *(Los murmullos y las risas impiden oír las últimas palabras)*.

El Sr. SORNÍ: Señores; los que hemos encanecido prestando desde nuestros primeros años servicios á la causa de la Libertad, no podemos menos de sentir lumenso placer en nuestro corazón al ver hoy planteados nuestros principios, al ver realizadas nuestras aspiraciones, al ver sancionado en esta magnífica y brillante reunión el derecho que siempre hemos sostenido y proclamado de libertad de reunión, como de libertad de asociación.

Magnífico espectáculo, señores, estamos presentando en este momento; ¿Cuándo podíamos esperar, cuándo podíamos haber creído que habíamos de obtenerlo? Aquí, señores, gozamos la más completa libertad en la discusión, sin que nadie nos lo impida, sin que nadie nos lo estorbe, sin que nadie pueda venir á echarnos de este recinto, y sin haber tenido que pedir á nadie permiso para ello. ¿Hemos alcanzado poco, señores? Yo por mi me doy por muy contento y por muy satisfecho.

Hemos hecho señores, una gran Revolución que no envidian todas las naciones: los ingleses que recuerdan los horrores de su gran Revolución, que duró muchos años, y que inundó el país de sangre, están llenos de placer, de alegría, y mas que todo de envidia, al ver que nosotros en pocos días, sin ninguna de aquellas calamidades, hemos conseguido el fin de una gran Revolución, arrojando del trono á esa odiada dinastía de los Borbones. *(Aplausos)*. Francia, que pasó por una revolución no menos sangrienta, y no menos horrosa y duradera que la de Inglaterra, nos envidia á estas horas por haber hecho con tanta facilidad, tan seguramente, con tanta prudencia y tanta cordura, una revolución tan radical.

¿Y qué hemos necesitado para hacerla? El partido democrático ha contribuido á ella, es verdad; pero ¿geramos suficientemente poderosos para hacerla nosotros solos? No, ciertamente: los esfuerzos que hemos hecho anteriormente, no han producido sino desgracias, sangre de nuestros hermanos, verdades, calabozos, presidios, deportaciones y emigraciones para todos los compañeros. Todos señores, hemos sufrido; y qué nos importa haber sufrido? Hoy no nos duele; podía dolernos entonces; hoy no nos duele porque hemos alcanzado por aquellos pequeños sacrificios lo que estamos disfrutando.

¿Bramos, digo, suficientes los demócratas para hacer la Revolución? No señores, ha sido necesario que nos ayudasen los que se encontraban como hemos visto identificados con nuestros mismos principios. ¿Se hubiera conseguido la Revolución sin la iniciativa del ilustre y nunca suficientemente elogiado Topete? No. ¿Hubiera triunfado la Revolución si no hubiese dado el valiente y denodado general Serrano la batalla de Alcolea? *(Una voz: la hubiera dado otro)*. No. ¿Se hubiera podido llevar adelante la Revolución sin la cooperación del ejército? No.

Es necesario, pues, que reconocamos todos nosotros la cooperación que para la Revolución han tenido todos los que á ella han contribuido. Si nosotros, señores, no reconocieramos este servicio, seríamos ingratos y ¡ay señores de los partidos ingratos! ¡Los partidos ingratos no pueden encontrar nunca otra persona que en sus necesidades venga á ofrecerles su espada y su apoyo!

Debemos, pues, reconocer á los que nos han prestado sus servicios; y señores, ¿qué importa, como han dicho algunos de mis compañeros, que no haya personas que pertenezcan al partido democrático en el ministerio, si los principios son los que existen en el poder? *(Muestras de aprobación)*.

¿Nos importa á nosotros por ventura, ser ó nó ministros? No; nuestras aspiraciones son á que en el poder se realicen nuestros principios, y nuestros principios realizándose están. *(Aplausos)*.

A nosotros no nos importan las posiciones personales, nó; tenemos abnegación y patriotismo, y lo que queremos es levantar muy alta la bandera de nuestros principios, y que estos se realicen por el poder, sea quien quiera el que los realice. Y nos importa más que sean personas que no pertenezcan á nuestro partido las que lo realicen, porque realizando nosotros, todavía podría ser que otras personas nos combatie-

ran, y mientras son otros, nosotros podemos estar muy contentos de tenerlos además otras personas que llevan la bandera que nosotros tenemos tenido siempre.

Señores, mientras las personas que ejercen el poder observen y guarden nuestros principios, debemos prestarles sincero y leal apoyo, y no entregarnos á una absoluta confianza. Estemos mirando, y mientras los observen, como creo que seguirán observándolos, prestémosles nuestro decidido, franco y leal apoyo. Si alguna vez, lo que yo no espero, temo, ni creo, porque compromisos gravísimos tienen adquiridos, alguna vez se separan de ellos, entonces enhorabuena, podríamos hacer la oposición. Entre tanto, debemos prestarles nuestro sincero y leal apoyo. *(Bien, bien)*.

El Sr. ENCINAS: Yo no hubiera bajado á la arena porque en la arena estoy en el palenque, á esta arena, candente con el fuego de la labra y de la idea del partido democrático, si el cuadro magnífico y sublime de estos momentos no presentara tintas que sin duda alguna lo manchan y lo ennegrecen para aquellos que no comprenden de dónde viene esto.

En ese cuadro, señores, se refleja una luz palida; parece que aplaude indistintamente. Tirios y Troyanos. Esto, señores, en este cuadro de la idea más sublime y más jóven que puede haber en el pensamiento político, no puede suceder ni ahora ni nunca en nuestra noble y querida España desde los momentos en que se ha regenerado.

En breves palabras, señores, podré haceros comprender cómo contradicción que hasta cierto punto se ha hecho sentir aquí respecto al aplauso, no puede existir porque aquí no se aplaude más que la soberana que en este momento respiramos todos y ocupa el espacio de nuestra península, que es la idea de la Libertad.

Todos conocéis también como yo, porque no solamente lo conocemos los españoles, sino que lo conocen los Europeos; el triunfo del movimiento revolucionario, en su parte material acabado de verificarse. Todos sabéis el compás, la forma entusiasmada con que se ha verificado todos sabéis que no hay nadie que no se encuentre en estos momentos más ó menos sorprendido, no solamente aquellos que tenemos el pecho henchido de libertad, sino hasta aquellos que se conjuraron contra ella y que no sabiendo como explicarse ese hecho, manifiestan por el sorpresa.

Pues bien, señores; yo voy á decir á pesar de todas las contradicciones que aquí se manifiestan, para poder atribuir el premio de ese triunfo á esta clase ó á otra, cuál ha sido la causa de su triunfo, y á mostrar que solamente puede ser esta causa la que yo digo. No hay hecho en la naturaleza y en la vida, señores, de la humanidad, que se haya verificado bajo una ley á la cual se ajusta y la cual es su norma. Ahora bien, señores; se ha hecho la revolución, no la atribuyo ahora ni nunca á este ó al otro motivo; atribuirlo, señores, á lo que puede atribuirse, á esa ley revolucionaria que existe en todas las naturalezas, en todos los seres, y que llega un momento en que no puede dejar de manifestarse.

Señores: ¿necesitaré yo decir que nuestra España, nuestro pueblo oprimido constantemente desde que la luz iluminó nuestra patria, nuestro sensorio, necesitaba un día de reivindicación para su libertad? No señores; no creo que necesito decirlo. Esa ley se ha cumplimentado mucho antes, la revolución hubiera sido anterior á esa ley como la de gravedad no hubiera tenido un punto de apoyo y no dejar caer el cuerpo cuya caída estaba amenazando constantemente; había la mano oculta que constantemente la sostenía, había señores primero la superstición y las preocupaciones, había las brujas y las consejas; había señores, todo lo que pesaba encima de nuestras cabezas, todo lo que no era el cielo de nuestra patria y siempre los temores de arriba, siempre temores encarnados en las almas timoratas respecto al pueblo y sus condiciones; porque preciso es decirlo, señores; al pueblo siempre le han considerado hasta ahora como una fiera cuando se trataba de sus libertades.

Hoy se ha tocado el desencanto; esa ley general, tan luego como la quitó su punto de apoyo, ha venido á dar lo que era una consecuencia legítima suya. Yo no necesito recordaros cuáles han sido las causas del movimiento revolucionario. Ese primer período todos le conocéis; hay, señores, un español que no le preste religioso culto, que no se entusiasma por una causa tan grande y tan sublime.

Tengo que hablaros, señores, del segundo período de reconstitución del verdadero triunfo de la revolución. En la esfera de las ideas, la revolución, *(Concluye el Sr. Encinas)* era una cosa hecha en el pasado, pero pertenece al porvenir el verdadero levantamiento del templo de la libertad, y todo lo que tenemos iniciado en este sentido no es más que el principio de la segunda época. Esto es lo que es necesario que comprendáis, que en ello os fijéis, y lo reflexionéis día por día, hora por hora.

Proclamado el Sufragio universal, ¿para qué he de repetir lo que todo el mundo ha dicho? El triunfo de la idea democrática es el es su base, el es su fundamento; moralmente fuimos llamados á las riendas del poder; circunstancias que no quiero señalar en este momento, han hecho que la Junta Central haya nombrado persona encargada de formar Ministerio, y yo no voy á juzgar en este momento la legalidad del hecho que se ha consumado; únicamente voy á apuntar para que lo tengáis presente en vuestro ánimo, que todos sabemos que la democracia fue llamada á ocupar un puesto en el Ministerio por el Sr. de uno de sus representantes, del Sr. Rivero. Aquí se ha actuado ese hombre que con tanta grandeza ha sabido presentarse en los momentos en que correspondía decidir de la parte que debía tomar la democracia en las circunstancias actuales. Señores, el Sr. Rivero, causas bien conocidas, no pudo asumir la responsabilidad de un partido el decoro, la decencia, le hacían entender de sobra que no era necesario para el triunfo de la democracia que ocupara un puesto en el gobierno en las actuales circunstancias. Y ¿por qué, señores? Porque la conciencia de todos habéis visto en estos momentos que existe

...nidad proclamada para siempre, y esa verdad, es, señores, que la democracia que representa la juventud en la idea política, ó en la humanidad política, no puede abrigar en su pecho ardiente más que las grandes pasiones, y las grandes pasiones no pueden servir más que al apoyo, al punto del pueblo. Pues bien, señores, para el triunfo del pueblo no y me necesita hoy la democracia tomar las riendas del Gobierno. ¿A qué os lo puedo y debe aspirar? A que sus doctrinas sean adoptadas y sean el canon de la soberanía nacional que rija al país. (Vivas á la Soberanía Nacional y al general Prim.) Señores; en mi ánimo existe una gran conformidad con todas las manifestaciones que se deben hacer en este día; estoy convencido de que en este día debemos fusionarnos, unirnos en una sola persona y en un sólo principio. Este principio proclamado en nuestra patria, es indudable que si no hoy, mañana ha de triunfar; y si yo puedo de la patria ser profeta, cerca, muy cerca, señalaría el día correspondiente á la democracia, tanto que pudierais tocarle con la mano y creer como el Santo Tomás. Ha dicho. (Aplausos).

El Sr. PRESIDENTE. Orense: Señores; hay dos proposiciones que discutir. En la mesa hay muchos señores que tienen pedida la palabra, y aquí podemos hacer ambas cosas; tendríamos mucho gusto en oír á los señores que quieren dirigirse á la reunión; pero si habían ahora no se podrían discutir las proposiciones; por lo tanto, yo creo que lo mejor sería dar este punto por suficientemente discutido, y en las proposiciones que se van á discutir, los señores que no han hablado pueden manifestar sus ideas.

El Sr. ALBA Y MAS. Señores, yo he pedido la palabra nada más que para decir muy pocas. He dicho que tenía que decir una sola palabra. No vengo preparado; otro día vendré. He dicho que no es más que una palabra y voy á hablarla.

Digo á todos mis conciudadanos.... (muestras de impaciencia).

Una voz.—Señores, ¿por qué hemos de oír sólo á la cabeza y al corazón juntos? Oigamos una vez al corazón solo.

El Sr. ALBA Y MAS. Yo no soy lógico, y últimamente he dicho que no tenía que decir más que una palabra: que tengan en conocimiento á todos mis hermanos políticos que con el Sufragio universal, lleva el oro á muchas partes la convicción moral y política. Por consiguiente, he dicho que no tenía que decir más que una sola palabra, y me retiro. Otra vez vendré preparado.

El Sr. PRESIDENTE. Orense: Dije antes, señores, que á todos es evidente que ninguna junta hubiera proclamado la libertad de los negros, una cuestión tan importante, y me contestaron que había una junta que había tenido esta feliz ocurrencia. Pero como esa junta ha sido sola, yo voy á esta reunión, no para discutirlo, sino para que lo acepte ó lo rechace, porque no es cosa de discutir ahora eso, que los Sres. Traserria, Vizcarro y Sorni, se acerquen al Gobierno para suplicarle que como hizo el gobierno provisional de la república francesa en 1848, acepte el principio de la libertad de los negros. (Grandes aplausos). Hemos terminado la sesión de los negros? (Voces: sí, sí). Pues ahora se leerán las proposiciones.

El Sr. ARMEDO. Yo, individuo que no he pertenecido de hecho á ninguna comunidad política, me levanto en este recinto á hacer una proposición á la mesa, que aunque la debía haber hecho por escrito, me permito sin embargo que la haga verbalmente.

En vista de la confianza ciega que tienen todos en el Gobierno, se ha ocurrido que los individuos que componen la mesa tan dignamente se acerquen á la Junta revolucionaria de Madrid y que esta á su vez haga al Gobierno con el objeto de decirle que aquella parte del ejército que no ha tomado parte en el glorioso levantamiento, se la desarme como garantía de nuestra libertad. (Muchas voces: no, no. Grandes muestras de agitación; algunas voces gritan fuera, y otras que hable).

El Sr. SORNI. Señores; se han leído antes unas proposiciones que se pegan á discusión....

Un concurrente.—Como autor reclamo que se lean porque todavía no se han leído.

El Sr. SORNI. No son esas, son las que leyó el Sr. Presidente; las que indica V. son dos proposiciones cada una de las cuales abarca ocho artículos y no pueden discutirse artículo por artículo. Es menester comprender que debemos ir adquiriendo la manera de producirnos en estos debates. Si se han presentado unas proposiciones y sobre ellas versa la discusión, todo lo que sea salirse de ellas no es oportuno. En otra reunión podrá tratarse de otra cosa. Se van á leer ahora las proposiciones de que hablé al principio; que la discusión verse sobre ellas, y sólo sobre ellas, y de esa manera habrá orden y será esta reunión lo que debe ser aunque no estamos acostumbrados á tenerlas.

El Sr. GARCÍA LOPEZ. (leyendo): «Pedimos á la reunión se sirva declarar que el partido democrático debe dar su apoyo al Gobierno provisional, secundando así los acuerdos de las Juntas de España; mientras el Gobierno sirva y desarrolle los derechos conquistados por la revolución.»—García Lora.—Martos.—Sorni.—Traserria.—Figueroa.—Joaristi.—Carrascon.—García González.—Salmeron.—Vizcarro.

El Sr. ARMEDO. Pero Sr. Presidente, yo he hecho una proposición y ni se me deja apoyarla, ni se discute sobre ella. (Muchas voces: No, no).

El Sr. GARCÍA LOPEZ. Todos los señores que quieran proponer alguna cosa á la reunión, tienen que dignarse venir á la mesa y presentar la proposición por escrito y firmada.

La segunda proposición dice así:

«Pedimos á la reunión se sirva declarar, que la forma peculiar de gobierno del partido democrático es la república.» (Muchas voces):

El Sr. GARCÍA LOPEZ. (leyendo): es la república federal. (Bien, bien). Orense.—Figueroa.—Joaristi.—Vizcarro.—Traserria.

El Sr. ROMERO QUIÑONES. Pido la palabra, Sr. Presidente, sobre la segunda proposición.

El Sr. PRESIDENTE (Orense). Antes se ha de acordar algo respecto de la primera. ¿Está conforme con ella la reunión? (Muchas voces: Sí, sí).

El Sr. PRESIDENTE (Orense): Pues queda aprobada por aclamación.

Vá á preguntarse si se aprueba la segunda.

El Sr. ROMERO QUIÑONES. Hasta aquí, señores, todos los que me han precedido en el uso de la palabra, han manifestado los títulos con que contaban para dirigirse á vosotros. Yo no lo haré así; al contrario, haciendo abstracción del exordio, porque habrá aquí bastantes individuos que me conozcan voy derecho al objeto que me he propuesto que es atacar la proposición que se ha presentado de una forma dada de gobierno.

Hasta aquí, señores, nos hemos propuesto apoyar al Gobierno, teniendo en cuenta que no sabemos *a priori* su conducta, y no podemos anticipar ninguna predisposición ni manifestar la conducta que puede seguirse. Ahora se trata de saber si tenemos derecho de imponer una forma de gobierno al país, esto es lo que voy á discutir. ¿Tiene el Gobierno provisional derecho de imponernos una forma dada de gobierno? (No, no). ¿Tenemos derecho á imponersela nosotros? (No, no: Sí, sí). Hemos decidido todos apoyar al actual Gobierno hasta que este se separe de nuestro credo democrático? (Sí). ¿Podemos en consecuencia imponerle una forma de gobierno dada? (Se reproducen las denegaciones y las afirmaciones ruidosas). No confundamos, señores, la propaganda con la imposición; son dos cosas muy distintas: todo el mundo puede propagar las doctrinas que quiera; este es uno de los derechos en cuyo ejercicio hemos entrado desde el día en que triunfó la revolución; pero ¿quiera decir esto que podamos imponer al Gobierno provisional la forma de la república? Desde el momento en que aceptemos la forma republicana, determinamos la forma de gobierno: si tratamos sólo de propagar esta idea, el Gobierno no puede impedirnos que por todos los medios legales la propagemos por todas partes, la estendamos por do quiera, haciendo uso del derecho de reuniones, de la libertad del pensamiento, de la prensa, de la propaganda pacífica, en fin; todos estos son derechos conquistados y que el Gobierno ha reconocido. Pero da aquí á imponer al Gobierno como acaba de leerse en la proposición.... (Muchas voces: No dice eso: que se vuelva á leer la proposición.).

El Sr. GARCÍA LOPEZ. Voy á volver á leer la proposición: ruego á los señores concurrentes que guarden silencio. (Lee la proposición, pero se produce alguna confusión al terminar la lectura). Se va á leer por tercera vez para que nadie alegue ignorancia. (La volvió á leer).

La mesa, señores, al hacer esta proposición, no trata de imponer nada al Gobierno ni al país: se limita únicamente á proponer al partido democrático se sirva declarar si es esta la forma peculiar de gobierno, para que cuando llegue el caso de emitir cada uno su voto ejerciendo el derecho de Sufragio universal, sepan los democratas á qué atenerse. Por lo demás, la mesa no trata ni pretende imponer al poder ni al país forma alguna de gobierno; sólo quiere que diga el partido si esta es su forma peculiar de gobierno ó no. (No, no: Sí, sí).

El Sr. ROMERO QUIÑONES. Señores, mejor enterado del sentido de la proposición, pregunto á la mesa cuál es el objeto que se propone.

El Sr. PRESIDENTE (Orense). Me parece que yo lo dije bien claro; pero lo volveré á repetir: estas reuniones no tienen mando ni autoridad; se limitan solamente á expresar sus deseos: por consecuencia, lo que hagamos nosotros aquí no es como si lo hiciera un gobierno ó un parlamento: nosotros no decretamos, únicamente manifestamos nuestros sentimientos colectivamente, diciéndoles á nuestros correligionarios: es nuestro sentir, la república federal es la forma de gobierno que conviene á España. No imponemos, porque para esto se necesita la guerra; lo que hacemos es proponer: de manera que todo el error del Sr. Romero Quiñones consiste en emplear la palabra imponer por proponer.

Después de haber pedido con grande insistencia la palabra para una cuestión de orden, dice en medio de grandes murmullos que van acallándose conforme va hablando.

El Sr. RIVAS (D. Juan). Puesto que la mesa no puede conseguir que este gran círculo democrático, que este gran pueblo español liberal de el lucido espectáculo que debe dar en su primera reunión, yo el último de los hombres del pueblo vengo á suplicar humildemente á los compañeros todos el orden y la moderación: sin el orden no puede constituirse nada: si empezamos todos á hacer la oposición sistemáticamente, no podemos hacer más que la causa de nuestros enemigos. La alta ilustración y la cordura que debe distinguir á los hombres libres, ha de probar una vez más que los pueblos liberales son generosos cuando se trata de venganzas; valientes cuando se trata de combatir, y unidos y moderados cuando se trata de la discusión de sus ideas. Hoy aquí no hemos de hacer más que una cosa: hoy que saludamos con gusto al renacimiento de las libertades patrias, es preciso dar un grande ejemplo de templanza, porque si no mañana se dirá que en la reunión democrática no se ha hecho más que turbar el orden, y se nos echarán al rostro esas denigrantes expresiones de *vocingleros*, de *populacho* y otras semejantes con que siempre se nos ha motejado por los reaccionarios. (Aplausos).

Yo veo aquí á todo el mundo animado del más puro patriotismo; todos quisiéramos lo mejor; pero es menester convenirse de que si nos empeñamos en ponernos unos en el camino de los otros no llegaremos nunca al fin. (Aplausos generales: muchos señores se acercan á felicitar al orador, y de todas partes gritan que diga su nombre). Señores, soy un artista, operario de la Fábrica del Sello, Juan Rivas Zenon y fraternidad. (Muchos aplausos: el público, que agitado al principio ha ido poco á poco escuchando con mucho silencio, da grandes muestras de aprobación).

El Sr. SIERRA. Señores; acaba de presentarse una proposición grave, gravísima. Yo no voy á hablar sobre ella; pero no puedo votarla sino borrando una palabra. Mis dignos amigos Martos y Salmeron van á hablar sobre esa misma proposición, y yo debo limitarme para dejarles hacerlo, á decir que voto, señores, la palabra República, porque eso es lo que yo quiero, la República. Pero qué comprendo en mis pequeños

conocimientos, porque son jóvenes en la política, (sin embargo de que saben mis amigos de que siempre he llevado palos desde el año 48, y el Sr. Presidente se acordará todavía de aquel célebre regimiento de España), que la palabra federal es muy grave, y que hay necesidad de fijarse en ella. Repito que el Sr. Martos y el Sr. Salmeron hablan de ella con su gran talento, y por consecuencia, sólo ruego, por mi parte a la reunión que se fije en esa palabra *federal*, porque en mi concepto es grave, gravísima. Mis compañeros lo van a expresar con ese talento y ese raudal de elocuencia que yo no tengo.

Nada más he pedido la palabra para esto. Si esos señores no tuvieran esa capacidad que yo les reconozco, pequeño soy, pero ya desarrollarían estas ideas. He dicho.

(El Sr. Salmeron se levanta y es aclamado por estrepitosos vítores. Los aplausos producen una prolongada confusión, durante la cual intenta varias veces en vano empezar su discurso. Restablecida con gran trabajo la calma, dijo):

El Sr. **SALMERON**: Ciudadanos, yo os saludo en nombre de la Libertad y de la justicia. (*Grandes aplausos*). ¿Permitis que hable? (*Si, si*). Pues tened la bondad de escuchar en silencio. El único aplauso digno, no ya de los hombres sino de las ideas que con puro fervor de conciencia se profesan, es la atención con respetuoso silencio; ni se aplaude ni se censura. Al presentarme ante vosotros para decir con franqueza mi pensamiento, no pido un aplauso, no lo quiero; si me lo dais, no lo acepto; pero espero, en cambio, que no me censuréis. Y si por ventura hablo en contra de lo que la mayoría de la reunión piensa, como es el primer principio escrito en vuestra bandera la libertad de pensamiento, como aunque jóvenes para la libertad, los españoles tienen una nobleza, una lealtad, una elevación de sentimientos, como acaso ningún pueblo de la tierra, estoy seguro de que me oiréis diciendo: No pienso como Salmeron; pero aunque no pienso como él, yo estimo y respeto su opinión, y he de procurar ilustrar mi juicio con el suyo.

Pues bien, ciudadanos, comencé a decirlo: «Yo os saludo en nombre de la Libertad y de la justicia por el brillante espectáculo que estáis dando, que si hay algunos pequeños lunares en el, si ha habido algún desorden, algún clamor, ¿qué importa? Pues qué, ¿el Sol que rige un mundo del cielo, el Sol que ilumina todo un sistema planetario, no tiene también manchas? ¿Y qué importan esas manchas, para que la luz atraviese millones de leguas y descienda hasta la tierra? Si queréis, pues, mostrar a la paz del mundo que España ha sabido realizar una revolución gloriosa, como los fastos de la historia otra no recuerdan; que vosotros españoles, pero españoles demócratas, habéis sabido contribuir con vuestros esfuerzos materiales al triunfo de esa revolución; pero también con vuestra sensatez, con vuestra cordura, con el poder de vuestro pensamiento, sabéis imprimirle un sello tal, que, como en otro tiempo la patria adoptiva de Colón, llevará quizás a otras tierras la civilización y la cultura; si vosotros, en vez de conquistar mundos materiales, queréis conquistar el mundo moral por el poder de las ideas y del pensamiento, hacéis dignos de los derechos que si no se han obtenido, al menos están a punto de obtenerse.

En tiempos como los presentes, en que si podemos estar gozosos con el triunfo logrado, no podemos ciertamente hallarnos tranquilos, porque acaso hoy mismo asentamos la planta sobre un volcán; en tiempos como los presentes, más importa a los hombres cumplir buenas obras con rectitud, con alteza de miras, que hablar, que cuestionar apasionadamente, que perder el tiempo en vanas palabras.

Cuanto hablen, pues, deben hablar de lo íntimo de su conciencia y con toda la brevedad que sea posible, para que su partido, para que el país, para que la Europa entera, si tanto alcanza la voz de un individuo, pueda reconocer lo que piensa y una cada cual a la obra común el óbolo de su opinión, y la fuerza que imprime siempre una vida entera consagrada a una idea, a un pensamiento, y a la consolidación también de la libertad y del derecho. Por esta razón procuraré ser breve; y de aquí en adelante más procuraré seguir una severa lógica (y así me fuera dado ser en ella inflexible), que hablar a vuestro sentimiento y a vuestra pasión. ¡Ah, ciudadanos! ¡Ah, demócratas! Si el sentimiento, si la pasión, en un momento puede mover el brazo y hacer que el hombre se convierta en héroe, el sentimiento sin la razón pronto decae, pronto desfallece, y allí donde antes se mostrara un espíritu casi divino, allí bien pronto se manifiesta la debilidad, la flaqueza de un ser finito que se arrastra por la tierra. Si queréis levantar, si queréis enaltecer vuestro sentimiento y alcanzar profundas e íntimas convicciones que os hagan capaces, no ya de conquistar en un momento la libertad, sino de mantenerla para siempre; es necesario que la fundéis en principios, en ideas que profeseis de lo más íntimo de vuestra conciencia. Pero eso en estas reuniones no debe hablarse al sentimiento, a la pasión; debe hablarse inflexiblemente a la inteligencia, al pensamiento.

Viniendo a la cuestión, debo ante todo decir, que la proposición que ha presentado la mesa, es de una trascendencia gravísima. Pero debo decir más; merece la mesa un voto de gracias de esta reunión por haber traído al debate un punto como este, que exige una solución hija, no de una pasión irreflexiva, sino de un profundo y maduro examen. Yo no os diré que sigáis mi opinión sobre cuestión tan grave; sólo os recomiendo que no pronunciéis sobre ella la vuestra, sino que tengáis esperanzas, que cada cual en su retiro medite y lleve ya maduro su pensamiento cuando vaya a depositar su voto en las urnas. No digáis, no, señores, que sois partidarios de la república; menos todavía digáis que sois partidarios de la república unitaria, que ha incierto y matará cuántas veces se presente la libertad (*aplausos*); pero no digáis tampoco (*si queréis los aplausos*), ... pido silencio, señores; los aplausos me hacen daño (*silencio, silencio*); pero no digáis tampoco que no sea la república vuestra forma de gobierno. Oid, medita, reservad vuestra opinión; y ya en el seno de la confianza, ya en reuniones como la presente, decid en buen hora lo que pensáis, echad vuestra conciencia a la arena, y que ilumine como el sol las inteligencias. Mas no pretendáis decir, *esta es la opinión, este es el voto del partido democrático*. ¿Quién es por ventura un

individuo para decir: esta es la opinión verdadera, mi opinión es verdad? Nadie. La opinión individual, como tal, no tiene un valor absoluto; mas la opinión en razón fundada, la opinión que se asienta en principios, esta opinión, aunque individual, es ya una convicción, y tanto como la del resto del mundo.

Pues bien, ¿qué se pide en esta proposición al decir que el partido democrático considera como la forma propia de gobierno la república federativa? ¿Se quiere afirmar con esto, por ventura, como poco ha dicho (no con estridencia, porque conozco la consecuencia del Sr. Oreny y sé que eso es una interpretación, un comentario, que no cabe en la proposición), se quiere afirmar con eso que la república federativa es la forma de gobierno más conveniente a la España, y a la España de hoy? ¿Se quiere decir esto por ventura? ¿Se quiere decir que el partido democrático considera la república federativa como el ideal inmediato de la forma de gobierno en España después de la Revolución? Este es el primer punto que debe someterse a discusión, puesto que intérprete autorizado ha tenido la proposición en que nos ocupamos. Mas ¿no quiere decir esto? ¿Quiere decir tan sólo que el partido democrático considera en absoluto, como hablando desde la eternidad (que no sólo es dado al hombre hablar de su tiempo, sino que también puede hablar como de la eternidad); quiere decir que el partido democrático considera la república federativa como la forma propia de gobierno? ¿Se quiere decir esto último? Y ¿quién será el demócrata que sepa lo que democracia significa; que tenga conciencia del derecho; que al decir, yo soy demócrata, no diga juntamente, yo soy partidario de la república federativa? Este es, pues, el segundo punto que debe discutirse; y puesto que se han manifestado aquí algunas opiniones encontradas, y aun se han manifestado quizás una voluntad explícita en favor de la república unitaria; permitidme que, invirtiendo el orden de las cuestiones que se han presentado, comience a hablar por ella.

He oído decir a un ciudadano que ha prestado sacrificios por la libertad (y entiendo, que cuando pongo estas palabras en mis labios, no quiero decir que el ciudadano que ha prestado sacrificios por la libertad, sea ante la justicia, no ante la opinión del país, más acreedor en derecho que otro cualquiera, que el último de los ciudadanos, por milde y aun por abyecto que sea); háse dicho por el Sr. Sierra, que se entiende, que si se declara que la forma de gobierno más propia de democracia, es meramente la república, él prestará su apoyo a la proposición; pero que si se declara que es, no sólo la república, sino la república federativa, entonces él se opondrá, ó por lo menos, manifestará que no tiene en este punto convicción formada. No he de ser yo, señores, muy prolijo en razones; no he de aducir más que una sola razón y por hechas.

En punto a razones, sólo os diré que la república unitaria es verdaderamente una antítesis; que es de todo punto contradictorio, afirmar por un lado y sostener como principio fundamental, la consagración de los derechos naturales del hombre, y de otro la república unitaria; decir, la Soberanía de la Nación, la emisión de la voluntad mediante el Sufragio universal, no ya como fuente y origen de todo poder (que lo es en verdad), sino como fuente y origen del derecho mismo.

Ahora bien, ciudadanos: si por un momento pensáis en esto, ¿podéis concebir, de un lado, derechos que son de todo punto absolutos, derechos que son inalienables; derechos que son imprescindibles; derechos que están por cima de toda ley; que tienen por una parte, su origen en Dios, y por otra, su asiento en la conciencia del hombre; podéis entender que esto sea compatible con una Soberanía de la Nación, que pueda decir en un momento dado: Los derechos naturales del hombre deben sacrificarse ante la salud del pueblo? ¿Concebís que esto sea realizable? Ciertamente que no; la lógica tiene un imperio incontrastable sobre las almas.

No alego más razones. Pues escuchad hechos brevisísimamente. La revolución más grande hasta ahora cumplida; (y quiera Dios que podamos decir antes de poco tiempo que no es por su sentido y justicia la primera) ha sido la de 1789 — Del lado de allá, cae el antiguo régimen del lado de acá, se levanta la libertad; del lado de allá, cae la injusticia y el privilegio del lado de acá, se levanta la justicia consagrada en la igualdad. Pues bien; vosotros sabéis, todos sin excepción, vosotros sabéis que el alma de aquella revolución fue la declaración de los derechos del hombre, que coincidía con poca diferencia de tiempo con la declaración del Estado de Virginia. Allí se asentaban estos derechos como la base del fundamento de la sociedad; y así lo consideraban aquellos Constituyentes que debe venerar el mundo si estima la libertad, como santos en la política; porque no solamente hay santos en la religión, los hay también en las demás esferas de la vida, hay santos en el arte, hay santos en la moral, hay santos en la ciencia, hay santos en la política, porque santo es todo aquel que consagra su vida y su pensamiento, al cumplimiento del bien, sólo por puro motivo del bien mismo. ... Sigamos: Se asentaban los derechos naturales del hombre como base y fundamento de la sociedad; y a poco (sin necesidad de entrar en causas históricas), surgió en la revolución francesa, como quizás ha surgido entre nosotros, la cuestión de la forma de gobierno derribado el trono de Luis XVI; y al tratarse ya de la cuestión de la república, comenzaron a mermarse los derechos naturales, y a considerarse como la fuente única del derecho de la Soberanía del pueblo. Ya no resonaba en la asamblea la palabra grandiosa y solemne de Mirabeau que decía: «si por la salud del pueblo, si por la salvación de la patria me exigieran que pusiera mi mano profana sobre la emisión libre del pensamiento, sobre la seguridad individual, ó sobre cualquiera de los derechos naturales del hombre, yo os juro no obedecer vuestra ley, sino seré el primero que la quebrante.» Si no son estas las palabras, este fué sin embargo el sentido de las que pronunció aquel hombre superior y sin igual en la política en contra de esa doctrina que suele estar tan en boga entre los republicanos, que por desdicha la toman por su ideal, y que luego va a realizarse por los tiranos. Así se dijo entonces; no hay más que la salud de la patria; la salud de la patria es antes que todo, y sobre todo.

de derecho; no importa que por ella se proscriban los derechos naturales del hombre, no importa que caiga la cabeza de los girondinos, luego de Danton, y después la del mismo Robespierre, y así se vieron ir, tras de aquel sueño de república, los girondinos, únicos que por un momento presintieron la república federal, y después Danton, en su conciencia con los asesinatos de Setiembre, y tras de Danton Robespierre, y después los termidorianos, y después el Directorio, y el Consulado, y al término de un periodo tan gigantesco, la Francia que se asombró al mundo, cayó atada de pies y manos a los pies de un tirador, no tan grande como se ha dicho, más perverso de lo que se creía.

¿Bastan estos hechos? Creo que sí. Pero tenemos un ejemplo más reciente; y yo sobre esto me voy a permitir pocas palabras, porque después de la gran revolución que hemos consumado no deben oírse aquí palabras de odio, sino de amor hacia todos los hombres y para todos los pueblos.

¿Tenemos el ejemplo de la revolución de 1848. El mismo pecado por decirlo así original de la Francia, hizo que la república se centralizara tras breves y turbulentos días abriera paso a la dictadura de Luis Napoleón. Y es tal y tan grande ese pecado, que mientras esa nación no deje a un lado el principio de la Soberanía nacional, guiado por el rojo lema de la *salud del pueblo* para conquistar poco a poco los derechos naturales del hombre que son inalienables, y anteriores y superiores a toda la ley escrita, la Francia no será el país de la libertad.

No hay, pues, lugar, á que pensando un momento sobre este punto, se diga que la forma de gobierno democrática, es decir, el que no tiene otro criterio, que el principio de la justicia, ni otra aspiración que el bien de su patria, que la forma de Gobierno de la democracia sea la república unitaria. ¿Ves de eso está la dictadura. Esa república es cien veces peor que la monarquía de derecho divino, porque al fin y al cabo pronto se reconoce que la monarquía de derecho divino es una miserable superchería. Pero cuánto tiempo no han menester los pueblos para reconocer el poder absoluto que se asienta en la voluntad de la Nación, y el de toda la sociedad, es un poder arbitrario y que no debe predominar. No habéis visto el resultado del Sufragio universal en Francia. Y dentro luto, señores, ¿quién puede decir que al abrirse las urnas las masas democráticas, van a ser elegidos una mayoría de constituyentes que pertenecen a este partido, que sustenten sus principios? Señores! Presiento que no será mayoría, presiento que no equilibrará las fuerzas de los demás partidos liberales, hoy lealmente unidos en la democracia para consumar la revolución. Y más me dolería, perdón que lo diga, que el partido democrático trajera una mayoría de diputados de su opinión a la futura constituyente, si para ello hubiese menester la protección, el amparo, eso que poco há llamábamos *autoridad moral* del Gobierno. Preferiría una y cien veces que la debilidad no tuviera representación en las futuras constituyentes, antes que llegara al Parlamento por los torpes maquiavélicos manejos de los que no reconocen la libertad, y no pueden mirar de frente la justicia.

Uniendo, señores, al segundo término de la cuestión, es decir, á la oposición que el Sr. Presidente Orense de palabra hacia; es á saber, si la forma de Gobierno propia para España en los actuales momentos, según el partido democrático, es la república federalita os diré tiene de mí todo género de simpatías; yo trabajaré por ella toda mi vida; (quiere decir en la política, pero si en otra esfera social, á que consagro vocación permanente; yo trabajaré por ella, mientras Dios me aliente y la naturaleza me ilumine.

Hay que distinguir, señores, en toda parcialidad política, en el país primero como entidad política dos principios; el uno constitutivo que yo quiero llamar las entrañas, la esencia de la sociedad de derecho, y el otro que es el que informa, el que viene como á determinar exteriormente esta esencia; y si me permitis la frase, os diré que el primero es el alma, el segundo el cuerpo del Estado.

Vosotros ciertamente no podeis entrever lo que pasa en el fondo de mi espíritu; yo para mí lo sé; pero los demás sólo mediante mi cuerpo. En pocas bien: en manera análoga la esencia de la constitución del Estado, como vosotros no reconocéis los más vivos ejemplares de belleza humana en la tierra, sino allí donde hallais un noble y levantado espíritu en el mundo, es infundido en un cuerpo, gracioso y bello también; en manera análoga no reconocéis en ninguna obra de la humanidad, y de consiguiente en la constitución del Estado esto que se llama el ideal, sino en el fondo donde se corresponden perfectamente el fondo y la forma de vida.

En este sentido podeis decir: el ideal está de un lado en la realización, en el cumplimiento de la justicia; la justicia háse hecho, señores, para que todos los hombres vivan de ella; pero la expresión de la justicia para cada individuo se encuentra, no lo olvidéis, es, para cada individuo la *libertad*, y en las relaciones de uno á otro individuos la *igualdad*. Pero la individualidad no es sólo esta que se ve y se toca; hay otra individualidad superior, hay todo un organismo de individualidades.

A la manera que contemplamos en el firmamento infinitos cuerpos celestes, cada uno de los cuales tiene su individualidad propia, pero dentro de la individualidad superior de su sistema planetario, y esta en la esencia de Dios; así la Libertad, expresión de la justicia en la determinación de toda personalidad, abraza en orgánico sistema á la familia, al Municipio, á la Nación, y sobre todo esto, á la humanidad terrestre, en la relación de una á otra individualidad entra, como la consagración del derecho, la *igualdad*. Por eso no me basta saber que soy libre y igual á toda otra persona, sino que necesito saber que soy libre y igual á todo otro hombre; que ninguno, como tal, es superior á mí; que por lo tanto resulta como una derivación lógica, inflexible que no hay hombre alguno entre los hombres que sea superior al poder que todo hombre tiene, el amparo del derecho, y por lo tanto que es injusta, aun-

que temporalmente haya servido y sirva al desarrollo progresivo de la humanidad en la tierra, la consagración del poder en manos de un hombre que puede estimarse superior á otro cualquiera y señor del Estado. Cada individuo vale tanto como el todo; pasaron para no volver los tiempos en que un rey pudo decir: *el Estado soy yo*; hoy es el individuo, la familia, el Municipio, la Nación, quien puede afirmar en su esfera que vale tanto como el Estado: yo valgo tanto como la humanidad en la tierra frente á Dios y en el derecho.

Pues bien, señores, según esto, ¿quién pudiera negar que si el ideal propio, no ya del partido democrático, sino de la razón que está por encima de toda parcialidad política, es la consagración de los derechos todos, de la naturaleza humana en el individuo como en todos los órdenes de la popularidad y en todos los fines de la vida; quién pudiera negar, digo, que la única forma racional y justa es aquella que más perfectamente represente y cumpla el *libre organismo de la igualdad*? En esa forma, señores, no hay que considerar como antitéticas el orden y la libertad, no hay que temer ciertamente que venga á ponerse en peligro el orden por un exceso de libertad, ni que peligre la libertad por el abuso del orden; la libertad y la justicia marchan armónicamente; el mayor orden está donde la mayor libertad; que no vengan entonces los enemigos de la libertad á llamarse partidarios del orden: los partidarios del orden son los que consolidan el imperio del derecho; los siervos y los anarquistas son los que no reconocen el derecho, los que niegan en cada individualidad la *libertad*, y la igualdad en cada relación humana.

Pues quien esto os dice, señores, ya ahora á deciros que niega absolutamente que sea la forma conveniente del gobierno para la actual España la república federal, y niega esto por una sencilla razón: no hemos aun conquistado los derechos naturales; aun cuando reconocidos, aun cuando aclamados, no están consagrados, y permitidme que os lo diga; no se viven aun; pasará tiempo antes de que puedan vivirse y realizarse. No basta, señores, á la vida de los pueblos, no basta sólo para los Estados que se declaren en las leyes los derechos; es necesario que los derechos se produzcan, se determinen y se realicen por sí mismos en las costumbres de un pueblo, hasta en el último de los ciudadanos: hasta tanto que los derechos en esta suerte y de esta manera se viven, hasta que pueda yo decir que no hay poder bastante en la tierra que me arranque la libertad de pensamiento, porque antes dará la vida que renegar de este derecho, sin el cual no puedo levantar la conciencia hasta Dios; hasta que yo pueda decir que todos los hombres me reconocen este derecho, hasta entonces no se podrá decir: ved ahí un país republicano. Direis que este ideal está lejano; direis que esto pueda acontecer en aquellos pueblos que por dicha progresan lenta pero seguramente, y que esto no acontece ni sucede en pueblos meridionales, en pueblos de raza latina que llevan consigo el triste, el capital pecado de haber sacrificado la libertad al cesarismo, que esto no acontece en pueblos de tales condiciones; pero sabed y entendid, que así como se reforman las costumbres de un ciudadano ante una idea superior, así pueden y deben reformarse las costumbres.

Si un hombre se reforma bajo una idea, ora política, ora religiosa ó artística, así también puede y debe reformarse el carácter y la condición de un pueblo. Trabajemos en eso: es nuestra obra, es nuestra misión. ¿La queréis más grande, más poderosa? Pues si la cumplis, ¿no podréis decir: á mí me debe mi patria su honor y su felicidad? No diréis entonces: yo debo la libertad á valerosos militares, á la coalición de las fuerzas materiales de los partidos políticos; no diréis esto, sino que diréis: yo debo la libertad ántes que todo y sobre todo, á Dios y á la naturaleza humana. El sentimiento y la conciencia del derecho son el único inquebrantable escudo de la libertad.

Estoy cansado, señores, quizá lo esté vuestra atención. (Varias voces: No, no). Voy á concluir: permitidme que no desarrolle todas las cuestiones que habia anunciado. Considerad por otra parte que hay que distinguir en toda obra humana, y la más grande que se cumple en la vida de los pueblos es la revolución, porque la revolución es una ley providencial para convertir en bien el mal histórico de la sociedad; considerad, repito, que en toda obra humana hay que distinguir dos términos que corresponden á lo que poco ántes os indicaba: la esencia, y la forma. Y son de un lado el *ideal*, de otro el *arte*, es decir, la habilidad eficaz y recta para que este ideal pueda ser gradual y sensiblemente realizado. Pues bien: ¿cuál de estos dos elementos, aunque en sí inseparables, es preciso determinar primero? ¿Acaso la forma sensible, exterior y aislada del fondo, estéril y mecánica? O por el contrario el *espíritu íntus* que anima, que vivifica la obra del arte? Sin duda que lo primero es el alma, y cuando esta llega á encarnarse en nuestra obra parece hecha por divina inspiración, y como suele decirse, de una sola pieza.

Pues si ántes se ha de determinar el ideal, no os precipiteis anticipando la hora del arte que necesita proceder por medios sensibles, con frecuencia difíciles, y en los cuales muchas veces se pierden, se impurifican hasta las mismas ideas, con ser destello de la divinidad. Ejemplo: el que poco há os citaba de la república del siglo pasado y de la república de mediados del presente.

Importa que no nos apresuremos los demócratas á hacer política. Pensad qué vamos á hacer; cómo lo vamos á hacer. Qué vamos á hacer, os lo dice el ideal. Cómo lo vamos á hacer, os lo dirá el conocimiento de la relación entre el ideal y los medios históricos que el estado social de nuestra patria ofrece.

Pues bien, señores, ¿por qué estamos descontentos? Pues qué, ¿no han izado nuestra bandera, no han proclamado nuestro ideal, quizá incompleto, es cierto (que no se realizan las ideas de una vez por los seres finitos), pero que contiene todos nuestros principios fundamentales, hasta aquel, señores (y en esto yo no elogio, yo no pongo la previsión de aquellos que lo han proclamado), que es la base constitucional del poder democrático: el Sufragio universal? Pues, si tiene el poder nuestro ideal, y otros hombres y hombres liberales han tomado á cargo

de su conciencia el comenzar la obra á que sólo vosotros dais cima; ¿de qué os quejáis? Seguid inspirádoles, que es vuestra misión, y tened presente que así como aquellas grandes obras de arte de que Rafael sólo trazó el boceto, más honran al genio que las concibiera, que al artífice que las ejecutó; así vosotros podéis decir: yo soy aquí el Rafael; el Gobierno es el obrero que toma á empresa la consolidación de la grandiosa Revolución española. (*Grandes aplausos*).

El Sr. **PRESIDENTE**: Orense. Voy á hacer una rectificación al discurso del Sr. Salmeron, que me ha parecido magnífico, pero que deja en mi ánimo una duda, y esa duda estará también en el ánimo del pueblo.

La cuestión de la duda que tengo es la siguiente. En las próximas elecciones, ¿votamos por la monarquía ó por la república? (*El Sr. Salmeron pide la palabra para rectificar*).

Eso es lo inmediato; por consecuencia que se vote una cosa ó se vote otra. Claro es que hemos de seguir trabajando, para que eso que es un ideal llegue á ser una realidad. Pero la cuestión se viene inmediatamente. No podemos decir á la generación actual: esperen VV. que dentro de cincuenta años haremos una república. La tenemos que hacer buena ó mala, ahora.

Señores; admito hasta la república mala, y digo como les diré á ustedes luego el Sr. Castelar, con otra elocuencia que la mía: prefiero una mala república, al mejor de los reyes. (*Grandes rumores*). Y esta señores, es toda la cuestión.

El Sr. **SALMERON**: Señores, permitid que sea muy breve, que á una sola pregunta, responda con una mera contestación.

Las razones, las he espuesto. Quizá otro más feliz que yo pudiera haberlas dado tales, que el Sr. Presidente, Orense, no tuviera dudas en este punto. Pues qué ¿no habéis penetrado la consecuencia lógica y necesaria de cuanto he dicho para nuestra conducta en las futuras Cortes Constituyentes? Id allí á hablar contra la monarquía, hasta hacer que la monarquía pierda su valor, su prestigio, hasta el punto de que los mismos intereses conservadores vengan á reconocer que la monarquía los puede perder, y que necesitan agruparse en derredor de la forma democrática. Y cuando llegue el momento de votar, para no perder nuestra autoridad, nuestro prestigio, para mostrar al país que somos nobles y generosos y que no queremos el poder, decid entonces: me abstengo de votar; ni voto por la monarquía, ni voto por la república. Pero mis aspiraciones, mis esfuerzos señalados están.

El Sr. **URQUIOLA**: Ciudadanos: en circunstancias verdaderamente desfavorables me levanto á hablar despues de la elocuencia arrebatadora del Sr. Salmeron; pero es menester que aplaudiendo las magníficas formas de su discurso convengamos en que carece completamente de sentido práctico; porque de él no puede deducirse clara y distintamente si el Sr. Salmeron está conforme ó no con la mesa, al proponer esta á toda la reunión que se acepte la república federativa como forma de Gobierno.

Pocas palabras he de decir, puesto que el Sr. Presidente ha manifestado las ideas mías.

El Sr. **SALMERON**: Despues de manifestar que no es conveniente la república federativa, no ha dicho cuál sea la forma de Gobierno que conviene á España. Y señores, en oposición á la república, no hay más que la monarquía, institución estúpida que debe desaparecer de la esfera de las naciones modernas.

Las diferentes monarquías en que estaba dividida la España en otro tiempo, prueban que hay diferencia de costumbres entre las diversas provincias como las hay de lenguaje, y que es necesario que cada provincia se constituya de una manera completamente independiente.

¿Qué otra idea pudiera haberse pensado como yo en Guipúzcoa, en una de aquellas provincias en que no han dominado ni los romanos ni los bárbaros, y que fueron los baluartes inexpugnables contra los que se estrellara el gigantesco poder de la media luna? La federación, señores, es la única forma que puesta en práctica puede enseñarnos á ejercer nuestros derechos, dejando libre al individuo en frente del Municipio, al Municipio libre en frente de la provincia, y por fin á la provincia independiente frente al Estado, que jamás debe tratar de absorber las libertades y las atribuciones de ésta.

Esto es lo que á mi entender deben procurar en estos momentos las Juntas revolucionarias de España, y á esto tiende lo que no sé si sabéis que se ha hecho en la provincia de Guipúzcoa, donde se ha determinado prescindir del ejército que hay allí, porque esto traerá una gran economía para el país sin causar ningún perjuicio, porque ese ejército no se necesita. No puedo por menos de recordar, que el Sr. Orense en un folleto publicado hace cuatro años, defendía estas ideas; pero no quiero explayarlas ahora por no molestar más, y voy á concluir.

Es necesario, señores, determinar cuál ha de ser la forma de Gobierno que conviene á la democracia; yo por mi puedo decir que estoy decidido por la república federativa. He dicho. (*Bien, bien*).

El Sr. **MARTOS**: Pensaba yo, señores, que habiendo hablado el señor Salmeron, habiendo aplaudido todos vosotros no su forma sino sus razones, porque no es una palabra elocuente la que hemos oído, sino que hemos admirado el pensamiento que está esculpido delante de todos nosotros, pensaba yo que no hubiera necesidad de que nadie os dijese una palabra más, y sin embargo, me estoy temiendo á estas horas que el discurso y las razones del señor Salmeron, aplaudidas por todos vosotros hayan sido completamente perdidas. (*Puertes rumores: exclamaciones en diversos sentidos, contribuyen á aumentar el tumulto: muchos señores pidiendo silencio*).

Silencio ó ruido lo mismo me dá; tengo bastante voz para hacerme oír en medio del estampido del aplauso ó de la cólera; y es más, creo que la palabra de los hombres del pueblo debe resonar en medio del tumulto y del vocerío; estas son las tormentas naturales de estos sitios; esta es la música y el acompañamiento que á esa palabra corresponde.

Yo, señores, saldré de aquí cualquiera que sea el resultado de estos

debates, bajo una impresión agradable, y esta impresión nace en el lugar mismo en que nos encontramos y en el que estamos ejerciendo el derecho de reunión por primera vez sin que hayamos pedido permiso á nadie, sino por la facultad que tenemos, por ser hombres de reunirnos para decir aquí nuestro pensamiento y hacer oír al mundo la expresión de nuestra voluntad.

¡Aquí, señores, donde se oye la voz de los hombres de la democracia donde el voto de la democracia vá á influir de una manera sobre los destinos de la patria, aquí, señores, se celebraban fiestas bajo la vocación del Príncipe Alfonso, y esa advocación, señores, representaba la Monarquía de ciento sesenta años, cuyos restos han sido aventados seis días por el soplo de la Revolución victoriosa! Pues que, ¿hemos ganado tan poco que no debamos tener la circunspección de la conciencia de nuestro derecho y que tan poco habituados estamos al ejercicio, que casi deseamos llegue el momento de perderlo? ¡Ah, señores, permitidme que insista en este episodio, porque en esta improvisación las ideas vienen fugaces y desordenadas á mi pensamiento. Este recuerdo del Príncipe Alfonso, me recuerda la situación desgraciada en que nos vimos. ¿Qué diré en estos momentos el que llevaba aquel nombre es ahora hijo de una mujer desposeída de su grandeza? ¿Que diré cuando la pregunte: «¿dónde está mi trono, dónde están mis servidores que me adulaban, dónde las llagas que venerábamos como signos de santidad y de justicia, dónde aquellos vasallos que por partes me rendían tributo de respeto y obediencia?» Y ella ha de decir: con lágrimas de sangre (que es menester que vierta porque esa es la piación de sus grandes injusticias hechas á este pueblo que le coronó á fuerza de sangre vertida en los campos de batalla), decirle: «tu trono se ha derrumbado para siempre en el abismo; tus vidores no se atreven á serlo, porque no has tenido los cortesanos desgracia; aquellas llagas eran un artificio para mantener abiertas las llagas del pueblo y ya no hacen falta, porque las llagas del pueblo han cerrado; aquellos que llamabas tus servidores y vasallos, se han convertido en hombres libres. (*Aplausos*). ¿Es esto poco, ciudadanos, esto poco? ¿Queréis comprometerlo todo?

Vamos á ver, señores; no si conviene aquí declarar un principio: este es el objeto y el sentido, —ó no tiene sentido ni objeto la cuestión que se ha presentado por la mesa,—sino que vamos á sacar estos momentos una consecuencia para ese mismo principio; ¿no es la cuestión?... ¿Vamos aquí á ocuparnos como académicos de una discusión inútil, ó vamos como hombres serios y políticos á deducir consecuencias para el momento crítico que atravesamos? Pues yo, señores, que toda la consecuencia que se desprende de las razones que habíamos aplaudido al Sr. Salmeron, es que, cuando los pueblos hacen revoluciones y se encuentran en la madurez necesaria para sacar las consecuencias de su victoria, hay que aspirar á la obra completa al modo y á la esencia, á las instituciones orgánicas y á la forma de gobierno: pero cuando no hay esa madurez hay que escoger entre la y el fondo, y meditar despacio y atender las justificaciones de la decisión, no sea que, exaltados por el amor exclusivo y ciego de la causa, vayamos á comprometer las conquistas todas de la libertad y del derecho.

Ahora bien señores; yo os pregunto: ¿podíais pensar hace tiempo que íbamos á gozar tan pronto y tan libremente del derecho de reunión? ¿Podíais pensar que España, el oprobio y la vergüenza del mundo (es triste decirlo), es necesario confesarlo, porque hemos vivido sometidos por espacio de muchos siglos al absolutismo de la intolerancia religiosa, iba á ser hoy, fuera de la república helvética y de la anglo-americana, más libre del mundo, y que había de mostrar como la enseña de sus conquistas emancipada la conciencia del hombre y reconquistada la libertad de cultos? Pues bien, señores: sin hacer el examen de estas libertades, yo os digo que ya que las tenemos hemos de aprovecharnos en ellas con energía y con prudencia, acostumbraos á su ejercicio, educad á nuestro pueblo, que es ignorante—y jamás la libertad es compañera de la ignorancia,—en vez de aspirar en un momento á tener una república de cuatro días que deje tras de sí rastros de orgullo y un recuerdo de desdichas, de tristeza, y quizás de vergüenza.

Los términos de la cuestión, no me cansaré de decirlo, son los mismos si no podemos ir á la realización de toda la obra, ó sea de la forma del fondo, es preciso escoger lo que más nos importa; y lo que más importa, ya lo sabéis, es el establecimiento radical y perpetuo de las libertades individuales.

Con pena he oído al distinguido patriota á quien todos amamos y veneramos al Sr. Orense; con pena le he oído decir que prefiere la república, á la mejor de las monarquías. Yo no, señores; yo prefiero antes una monarquía mediana, pero libre, que una república tiránica. (*Muchas voces: Si, si.—Aprobación general.*) Porque es preciso decir que la Libertad bajo la monarquía, como es posible la tiranía bajo la república. (*Movimiento*). Yo pienso esto, y porque lo pienso, lo digo. Creais, ciudadanos, que yo... (*Interrupciones de varios lados del salón: Los aplausos y el tumulto no impiden oír al orador, que al fin se cruza los brazos, y guarda silencio: recorriendo despues el salón á grandes pasos y dirigiéndose á las galerías, prosigue.*)

Son los partidarios de la Libertad los que quieren ahogar mi palabra. (*Voces: No, no. Orden.*)

Pues yo digo, señores, que nunca, y ménos dirigiéndome á las tribunas, voy á decir nada. (*Un concurrente ha debido pronunciar alguna frase veniente, porque la multitud á voces le dice: ¡Afuera, afuera!*)

¿Quién es el que teme á la razón? Si la teméis, ciudadanos, me sentaré. (*Voces: Que hable, que hable*); si no la teméis, oidme.

Digo, señores, citando un ejemplo práctico para dar una respuesta perentoria á nuestro respetable y veneradísimo amigo, que yo tengo los ojos por todas partes, y veo en la historia la que se llamó república francesa, dejando á los demás pueblos en la servidumbre, é interviniendo

Italia para matar la república romana; (Aplausos) pues yo no
esta república. Y ahora mismo, cruzando con el pensamiento los
y trasladándome á las regiones florecientes y amigas, donde se
la lengua de nuestros padres; veo la república del Paraguay sojuz-
por el tirano dictador Lopez, que vierte la sangre de los hijos del
y deja á los jesuitas que le tengan en la ignorancia, y no quie-
república; y veo allí cerca el imperio del Brasil, rodeado de institu-
democráticas, viviendo la vida de la libertad y del derecho; y yo,
desconocer lo que valen las formas en el gobierno de los pue-
ro buscar, ante todo, la Libertad en el fondo de las institu-
jero, antes que una república como el Paraguay, un imperio
asil. (Aplausos).

ahora, ¿á que discutimos despues de todo si aqui no se pue-
nada, si ya veo por vuestras manifestaciones que la opinion
nuestro democrático está profundamente dividida, y no es cosa que
atenemos la tea de la discordia? ¿No tenemos un principio pro-
mos por todos y que con mucho placer hemos visto escrito en la
¡Ah, mira de los que ayer eran nuestros adversarios! ¿No tenemos el Su-
fragio Universal? ¿No le tenemos rodeado de instituciones democráticas
una garantía de su verdad? Y lo que el Sufragio Universal di-
en que será al menos en estos momentos la expresión de la volun-
del pueblo? Pues yo niego á todo el mundo y sobre todo á los demó-
el derecho de sublevarse contra el Sufragio Universal. Hágase
buena toda la propaganda de las ideas; sepan los democratas
presenten candidatos para las Cortes Constituyentes, por lo que
los oradores en los meetings, por el espíritu que en ellos prevalez-
lo que digan los escritores en la prensa, por este conjunto de
que forman la atmósfera moral y política en que hemos de vivir
tiempos revueltos y agitados; revueltos y agitados, sí, por nues-
ma, que para revolver las ideas y las pasiones y los hechos se
las grandes revoluciones políticas; sepan todos cuál es la opinion
ado; inspiren en ella; vengán las leyes constituyentes que
el principio y la forma democráticos en toda su rigidez; pe-
atendiendo á las circunstancias que no sabemos cuáles serán,
que en un momento dado puede perderse todo, que se salven
los principios.

último término, en un período constituyente estamos, y todavía
nos lo que vendrá. Si por ventura hubiese de venir una monar-
deada de instituciones democráticas, venga antes esa monarquía
na república bajo la forma disfrazada de una sangrienta y te-
nidadura.
podemos, pues. Nos hemos oído, nos hemos comunicado nuestras
nuestras abrazado nuestras almas. ¡Qué este abrazo nos junte en
que vaya á la lucha electoral todo el partido democrático, no di-
no dispuesto á entregar la victoria á sus enemigos, para que
lo así los diputados de su partido, lleven á las Cortes Consti-
la expresión de sus votos, y si fuera posible, el triunfo de sus
abrazen nuestras almas y discutamos, pero no votemos; que
se dirija al patriotismo de la mesa, y muy especialmente al
que, que esto sería un acto gravísimo que habríamos de ho-
nrado tiempo ¡quién sabe si por muchos años! ¡Quién sabe si
el día y despues del día en que alborease la Libertad en todo el
que ahora, por dicha nuestra y desde hace bien poco tiempo
era, sino que resplandece en España. (Prolongados aplausos.
se dirigen á felicitar al orador.)

ORONSE: El Sr. Martos ha sido enteramente franco, y su

opinion es que se vote la monarquía democrática. (Varias voces: No,
no, que no se vote nada.) Nosotros no podemos dar importancia á esta
reunion, porque nunca seremos más que los ciudadanos que aqui nos
reunimos. Por consecuencia, que votemos, por ejemplo, 2.000 personas
y que 1.800 voten por la república, claro que no lo imponemos á nues-
tros correligionarios; el resto del inmenso partido democrático, podría
muy bien opinar lo contrario; y lo mismo digo si votasen en las ideas
que quiere el Sr. Martos. Nosotros aqui no nos comprometemos más que
á nosotros mismos. ¿Quiere la reunion que se vote por aclamacion ó no-
minalmente? (Muchas voces: De ninguna manera. Grandes murmullos).
El Sr. Martos dice que no se ha declarado por la monarquía democrá-
tica; que él puramente ha dicho que esa cuestion se resolverá despues.
(Muchas voces y grandes murmullos durante un largo rato.)

El Sr. MARTOS: ¿No habeis oído la palabra de Orense? Os hacía
una aclaracion que importa mucho á mi decoro político, porque yo no
quiero contraer responsabilidades de opiniones que no profeso, ni emito
ni sostengo.

No he dicho que sostengo como solución la monarquía democrática;
he dicho en altas voces, y con razones que procuré que fuesen claras,
que el fondo entraña necesariamente la forma; que se procure tenerlo
todo, el fondo y la forma, pero que cuando no haya más remedio que
escojer, no se debe sacrificar la esencia al accidente; hay que acudir ante
todo á la salvacion de las ideas; y ocupándose incidentalmente de la
tesis sostenida por el Sr. Orense, que decía que quería una mala repú-
blica mejor que una buena monarquía, he dicho que prefería una mo-
narquía mediana á una mala república; pero en ese caso, sólo en ese
caso; que conste bien, y que conste igualmente que yo opino, que te-
niendo el Sufragio Universal por derecho comun de todos los partidos
liberales, contraería una gran responsabilidad quien hiciese afirmacio-
nes intempestivas. Por eso vuelvo á decirlo: nada podemos, nada debe-
mos votar. (Grande movimiento: muchas personas se acercan á la mesa y
discuten con calor. En medio de esta agitacion dice):

El Sr. PRESIDENTE, (Orense): Estamos cansados por hoy: esta es
una cosa muy grave que conviene discutirla más detenidamente; por
consecuencia, seguirá mañana la discusion.

El Sr. MARTOS: Sr. Presidente, la Libertad es una cosa muy grau-
de; pero aqui todos somos más ó menos trabajadores y la obligacion de
todo hombre de bien, es vivir de su trabajo: no creo, pues, que todos
los días podamos venir aqui á ocuparnos de cosas políticas.

(Los Sres. Figueras y Joristi piden la palabra en pró de la propo-
sicion).

El Sr. GARCIA LOPEZ: Atendiendo á lo avanzado de la hora y á
petición de muchos señores, se suspende la discusion. El Sr. Presidente
convocará á otra sesion para continuar los asuntos pendientes, anun-
ciándolo por la prensa y con carteles por las esquinas:

Se levanta la sesion.

Eran las cinco y media.

En la imprenta de Nuñez Amor, calle del Ave-Maria,
núm. 3, se venden estos Discursos á 4 ctos., cada ejemplar.
8 rs. el 25, y 30 el 100, en Madrid. Para provincias, franco
de porte, 10 rs. el 25, y 38 el 100.

MADRID, 1868.—Imp. de T. Nuñez Amor, Ave Maria, 3.



El Sr.
reunieron
708 D. E.

democrático.
cara al pa
guerras, Go

ha traído a
Siente e
no puede y

... D. Edu
stio del Sr
Cumplido

Despues
los secretari
do. (Varios

El Sr. P.

Se en
las Salmeron
secretarios la
San

...consideran
...quí están,
...pleta libertad

... y filósofo
el orden dem
nuestro p...

...podemo
...presenta

«Pedimos
determine el

flexion que
componer el
tomere

El Sr. SA
El Sr. PR
para una cue
El C